



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

—¡ No!..... digo solamente.....

—¿ Decís?

—Que comparado con el Océano, con el Atlántico, el mar Negro, propiamente hablando, no es más que un lago.

—¡ Un lago!— exclamó Keraban alzando la cabeza.— Por Allah, ¡me parece que habeis dicho un lago!

—¡ Un vasto lago, si queréis!..... — respondió Van Mitten, buscando el modificar sus expresiones;— un inmenso lago..... ¡ Pero un lago!

—¿ Por qué no un estanque?

—¡ No he dicho un estanque!

—¿ Por qué no un charco?

—¡ No he dicho un charco!

—¿ Por qué no una jofaina?

—¡ Tampoco he dicho una jofaina!

—¡ No— Van Mitten — pero lo habeis pensado!

— Os aseguro.....

—¡ Pues bien, sea, una jofaina!..... Pero si algun catacismo arrojáre á vuestra Holanda en esta jofaina, vuestra Holanda se anegaría completamente!..... ¡ Si, en una jofaina!

Y repitiendo está palabra se puso á pasearse por la habitacion.

—¡ Estoy completamente seguro de no haber dicho jofaina!— murmuraba Van Mitten, completamente aturdido.— Creedlo, mi jóven amigo— añadió dirigiéndose á Ahmet — que esa expresion ni me se ha ocurrido siquiera! El Atlántico.....

—¡ Bueno, señor Van Mitten!— respondió Ahmet;— pero ahora no es lugar de discurrir eso.

—¡ Jofaina!..... — repetía entre dientes el terco Keraban.

Se detenía para mirar cara á cara á su amigo, que no osaba tomar la defensa por Holanda, á la que el

señor Keraban amenazaba sepultar su territorio bajo las olas del Puente-Euxino.

Durante una hora, la intensidad de la tormenta no hizo más que aumentar. Los guardas, muy inquietos, salían de vez en cuando por la parte de atrás de la caseta para cuidar del pylon de madera, al extremo del cual oscilaba la linterna. Los huéspedes, rendidos de cansancio, se habían colocado sobre los bancos de

la habitación y buscaban verdaderamente un rato de descanso en algunos instantes de sueño.

De repente, hacia las dos de la mañana, señores y criados fueron sacados violentamente de su sueño. Las ventanas, cuyos aleros habían sido arrancados, acababan de volar en pedazos.

Al mismo tiempo, en un corto espacio de silencio un cañonazo se oyó en lontananza.



Esta ascension no podía ser menos de ser peligrosa.

IV.

EN EL CUAL TODO SUCEDE ENTRE EL RESPLANDOR DEL RAYO Y LA FULGURACION DE LOS RELÁMPAGOS.

Todos se habían levantado, y acercándose precipitadamente á las ventanas, miraban al mar, cuyas olas, pulverizadas por el viento, atacaban con una violenta lluvia á la caseta del faro. La oscuridad era profunda, y hubiese sido imposible ver nada, ni aun á algunos pasos, si grandes relámpagos rojos no hubiesen iluminado el espacio.

En uno de estos relámpagos fué cuando Ahmet señaló un punto que se movía, y que aparecía y desaparecía en el horizonte.

—¿Una embarcación?— exclamó.

—Y si es una embarcación, ¿será quien haya disparado el cañonazo?— añadió Keraban.

—Subo á la galería del faro— dijo uno de los guardas, dirigiéndose hacia una pequeña escalera de madera que daba acceso á la escalera interior, situada en el ángulo de la habitación.

—Os acompaño— respondió Ahmet.

Mientras tanto, el señor Keraban, Van Mitten, Bruno, Nizib y el segundo guarda, á pesar de la borrasca, y á pesar de la oscuridad, se situaban al lado de las ventanas rotas.

Ahmet y su compañero subieron prontamente al nivel del techo, á la plataforma que servía de base al

pilon. Desde allí, entre medias de las vigas, atravesadas por pequeños travesaños, se destacaba una escalera al descubierto, cuyos sesenta peldaños se adaptaban a la parte superior del faro, soportando el aparato de iluminación.

La tormenta era tan violenta, que esta ascension no podía por ménos de ser peligrosa. Los sólidos montantes del pilón oscilaban por su base. Por instantes, Ahmet se sentía tan pegado al pasamanos de la escalera, que temía arrancarlo; pero aprovechando algunos instantes de calma, subía dos ó tres peldaños á la vez, y siguiendo al guarda, no ménos embarazado que él, pudo llegar á la galería superior.

Desde allí, ¡qué espectáculo tan conmovedor! Un mar embravecido estrellándose en monstruosas olas sobre las rocas; montañas de agua chocando entre sí violentamente, y cuyas aristas se dibujaban en crestas blanquecinas á pesar de la difusa luz que las iluminaba; un cielo negro cargado de bajas nubes, corriendo éstas con gran velocidad, y descubriendo á veces otras masas de vapores más elevadas, más densas, de las que se escapaban algunas de esos lividos relámpagos, iluminación silenciosa y pálida, reflejas tal vez de algunas lejanas tempestades.

Ahmet y el guarda se habían cogido al punto de apoyo de la galería superior. Colocados á derecha é izquierda de la plataforma, miraban, buscando, ya fuese el punto móvil ya entrevisto, ya al resplandor de un cañonazo que hubiese señalado el sitio en que se hallaba.

Por otra parte, no hablaban porque no hubieran podido entenderse, pero bajo sus ojos se desarrollaba una visual, cuyo sector era bastante ancho. La luz de la linterna aprisionada en el reflector que le servía de pantalla, no podía engañarles, y ante ellos proyectaba su haz luminoso en un radio de muchas millas.

Sin embargo, ¿no era de temer que la linterna se apagase bruscamente? Por momentos, una ráfaga llegaba hasta la llama, que se extinguía hasta el punto de perder toda su claridad. Al mismo tiempo, aves marinas, locas por la tempestad, acababan de precipitarse sobre el aparato, asemejándose á enormes insectos atraídos por una lámpara y se rompían la cabeza contra el enrejado de hierro que la protegía. Eran otros tantos ensordecedores gritos añadidos á todos los fracasos de la tormenta. El aire se había desencadenado de tal manera, que la parte superior del pilón sufría oscilaciones de una espantosa amplitud. Esto no debe sorprender, pues las torres de mampostería de los faros europeos experimentan tales sacudidas, que las pesas de los relojes se desordenan y no funcionan. Por lo tanto, con más razón los edificios de madera, cuya armadura no puede tener la rigidez de una construcción de piedra. Allí, en aquel sitio, el señor Kerahan, al que tan sólo las olas del Bósforo eran suficientes para marearle, hubiese tenido todos los efectos de un mareo.

Ahmet y el guarda buscaban en medio de un claro el punto móvil que habían entrevisto. Pero, ó aquel punto había desaparecido, ó los relámpagos no iluminaban el sitio que ocupaba. Si era una embarca-

cion, nada tenía de particular que hubiese zozobrado bajo los golpes del huracán. De pronto, la mano de Ahmet se extendió hacia el horizonte. Su mirada no podía engañarle. Un espantoso meteoro acababa de dirigirse desde la superficie de las nubes hasta la del mar.

Dos columnas, de forma vesicular, gaseosas por la parte superior, líquidas por la inferior, se confundían en una punta cónica, animadas por un movimiento giratorio de extremada velocidad, presentando una vasta concavidad exteriormente, que se sepultaba haciendo remolinos en el agua. Durante los instantes de calma se oía un agudo silbido de tal intensidad que debía propagarse á gran distancia. Rápidos relámpagos en zic-zac surcaban el enorme penacho de aquellas dos columnas que se perfilaba en las nubes.

Eran dos trombas marinas, y no tiene nada de particular el asustarse á la aparición de aquellos fenómenos, cuya causa no se ha determinado todavía.

Instantáneamente, á poca distancia de una de las trombas se oyó una sorda detonacion, precedida de un vivo resplandor.

— ¡Un cañonazo! — exclamó Ahmet extendiendo la mano en la dirección observada.

El guarda había concentrado sobre aquel punto todo el poder de su mirada.

— ¡Sí!... ¡Allí!... allí!... — dijo.

Y á la luz de un relámpago, Ahmet acababa de percibir una embarcacion de mediano tonelaje que luchaba contra la tempestad.

Era un barco demantelado, con su gran antena destrozada.

Sin ningún medio para poder resistir, derivaba irresistiblemente hacia la costa. Con las rocas de ésta, y con la proximidad de aquellas dos trombas que se dirigían hacia él, era imposible que pudiese escapar de su perniciosa ó naufragante, ó rompiéndose en pedruzcos: esto no era cuestion más que de algunos instantes.

Y sin embargo, resistía. Tal vez, si escapaba á la atraccion de aquellas trombas, ¿encontraría alguna corriente que la condujera al puerto? ¿Con aquel viento, á un palo seco, sabría tal vez dar en el canal, en donde la luz del faro le indicaría la dirección? Era una última aventura. Así es que el barco trató de luchar con el más próximo de aquellos meteoros que amenazaba atraerle á aquel torbellino. De aquí el disparar aquellos cañonazos, que si no eran de destreza, eran de defensa.

Era necesario romper aquella columna acribillándola de proyectiles. Lo conseguían, pero de una manera incompleta. Una bala atravesó la tromba hacia la tercera parte de su altura; los dos segmentos se separaron, flotando en el espacio como dos trozos de algun fantástico animal; despues se reunieron y volvieron á tomar su movimiento giratorio aspirando el aire y el agua por su paso.

Eran entónces las tres de la mañana. El barco derivaba siempre hacia la extremidad del canal.

En aquel momento pasó un violento huracan que movió al pilón hasta su base. Ahmet y el guarda te-

mieron que fuese arrancado del suelo. Las vigas cru-
jian amenazando salirse de los travesaños que las
unían. Fué necesario volver á bajar lo más pronto
posible y buscar un abrigo en la caseta.

Esto fué lo que hicieron Ahmet y su compañero.
No fué sin bastante trabajo, pues la escalera se com-
baba bajo sus piés. Lo lograron, sin embargo, y apa-

recieron en los primeros escalones que daban acceso
al interior de la habitación.

—¿Y bien?— preguntó Keraban.

—Es un barco— respondió Ahmet.

—¿Perdido?

—Sí—repuso el guarda—á ménos que no dé di-
rectamente en el canal de Atinas.



—¡Un cañonazo!— exclamó Ahmet.

—¿Pero puede?...

—Puede si su capitán conociese ese canal ilumina-
do por el faro.

—¿No se puede hacer nada para guiarle.... para
socorrerle?— preguntó Keraban.

—¡Nada!

Instantáneamente un inmenso relámpago iluminó
toda la caseta. El rayo estalló. Keraban y sus compa-
ñeros se quedaron como paralizados por la conmoción
eléctrica. Era un milagro que no se hubiesen queda-
do confundidos en aquel sitio, sino directamente, por
lo ménos de retroceso.

Al mismo tiempo, un ruido espantoso se dejaba
oír. Una pesada masa se abatió sobre el techo, el que

se descuajó, y el huracán, precipitándose por aquella
larga abertura, saqueó el interior de la habitación,
cuyos muros de madera se hundían en el suelo.

Por un milagro providencial ninguno de los que se
encontraban allí quedaron heridos. El techo arranca-
do habiase, por decirlo así, deslizado á la derecha,
mientras que ellos estaban agrupados en el ángulo
izquierdo, cerca de la puerta.

—¡Fuera! ¡fuera!— exclamó uno de los guardas
lanzándose sobre las rocas de la playa.

Todos le imitaron, y allí reconocieron la causa á
que fué debida aquella catástrofe.

El faro, herido por una descarga eléctrica, se había
roto por su base. En seguida, el hundimiento de la

parte superior del pylon, que en su caída había destrozado el techo de la habitación. Después, en un solo momento, el huracán acabó la demolición de la caseta.

¡Ni una sola luz para iluminar el canal del puertecillo de refugio! Si el barco escapaba del naufragio

que le amenazaban las trombas, nada podría impedirle el metefse en los arrecifes.

Se le veía entonces irresistiblemente tumbado, mientras las columnas de aire y agua se arremolinaban á su alrededor.

Apénas medio cable le separaba de una enorme



En el barco desmantelado.

roca que sobresalía cincuenta piés ó más de la punta Noroeste. Evidentemente, allí era donde el pequeño barco iría á tocar, á estrellarse, á perecer.

Keraban y sus compañeros iban y venían por la playa, miraban con horror aquel conmovedor espectáculo, dispuestos á socorrer al barco en peligro, pudiendo ellos apénas resistir á la violencia del huracán desencadenado que les cubría de barro en el que la arena se mezclaba con el agua de mar.

Algunos pescadores del puerto de Atina se habían reunido, sin duda, para disputarse los restos de aquel barco, que la resaca hubiera bien pronto arrojado sobre las rocas. Pero el señor Keraban, Almet y sus compañeros no pensaban lo mismo. Querían hacer todo lo posible para ayudar á los naufragos. Que-

rían más todavía, indicar en lo posible la dirección del canal. ¿No podía alguna corriente llevarle, evitando los escollos de derecha é izquierda?

—¡Antorchas... antorchas!—exclamó Keraban.

En seguida, algunas ramas resinosas, arrancadas de un bosquecillo de pinos marítimos, reunidas á un costado de la destruida caseta, se encendieron y ésta fué la luz fulgurante que reemplazó, bien ó mal, al apagado fuego del faro.

Sin embargo, el barco derivaba todavía. Á través de las estrias de los relámpagos, se veía á su tripulación maniobrar. El capitán ensayaba de izar una vela sin envergar, á fin de dirigirse hácia la luz de la playa; pero apénas izada, la vela se desvelingó bajo la violencia del huracán, y pedazos de tela volaron has-

ta las rocas pasando como una bandada de petreles, que son las aves de las tempestades.

El casco del barco se elevaba á veces á una altura prodigiosa y volvía á caer en un inmenso abismo, en donde hubiera naufragado si hubiera tenido por fondo alguna roca submarina.

—¡Desgraciados!— exclamaba Keraban.—Amigos míos, ¿no podemos hacer nada para salvarlos?

—¡Nada!— respondieron los pescadores.

—¡Nada.... nada!.... ¡Pues bien, mil piastras.... diez mil piastras.... cien mil.... á quien los socorra!

Pero las generosas ofertas no podían aceptarse. Era imposible arrojar en medio de aquella furiosa mar para establecer una estacha entre el barco y el piec extremo del canalizo. Tal vez, con uno de esos nuevos inventos, esos cañones porta-amarras, hubiese podido arrojar un cable; pero esos cañones faltaban, y el pequeño puerto de Atina no poseía ni un bote de salvamento.

—No podemos dejarlos perecer— repetía Keraban que no se podía contener á la vista de aquel espectáculo.

Ahmet y sus compañeros, horrorizados como él, como él estaban reducidos á la imposibilidad de hacer nada.

De pronto, un grito que partió del puente del barco, hizo estremecer á Ahmet. Le pareció que su nombre, ¡sí, su nombre! se había oído entre el ruido de las olas y el viento.

Y, en efecto, durante una corta calma, aquel grito fué repetido, y distintamente oyó esto:

—¡Ahmet.... á mí.... Ahmet!

¿Quién podía llamarle así? Bajo el golpe de un irresistible presentimiento, su corazón latía precipitadamente. Aquel barco le pareció que le reconocía.... que le había visto. ¿Dónde? No era en Odessa delante de la posesión del banquero Selim el mismo día de su partida?

—¡Ahmet.... Ahmet!....

Este nombre se dejó oír todavía.

Keraban, Van Mitten, Bruno y Nizib se habían aproximado al joven, quien, con los brazos extendidos hacía el mar, permanecía impassible como si estuviese petrificado.

—¡Tu nombre.... es tu nombre!— repetía Keraban.

—¡Sí, sí!— decía él.—Mi nombre.

De pronto, un relámpago, cuya duración pasó de dos segundos, se propagó de un horizonte á otro; iluminó todo el espacio.

En medio de aquella inmensa fulguración, el barco apareció tan claramente como si estuviese dibujado sobre blanco por alguna influencia eléctrica. El palo mayor acababa de ser herido por un rayo y ardía como una antorcha alimentada por una ráfaga de aire.

En la popa de la embarcación, dos jóvenes enlazadas, por decirlo así, la una á la otra, gritaban:

—¡Ahmet, Ahmet!

—¡Ella, ella!.... ¡Amasia!— exclamó el joven subiendo á una de las rocas.

—¡Ahmet, Ahmet!— exclamó Keraban á su vez.

Y se precipitó hácia su sobrino, no para retenerle, sino para ayudarle, si era necesario.

—¡Ahmet, Ahmet!

Este nombre fué repetido todavía por última vez. No había duda posible.

—¡Amasia, Amasia!— exclamó Ahmet.

Y lanzándose en la espuma de la resaca, desapareció.

En aquel momento, una de las trombas cogió á la embarcación por la proa, y arrastrándola entre su inmenso torbellino, la arrojó sobre los arrecifes de la izquierda, hácia la misma roca, en el sitio en donde se elevaba cerca del pico Noroeste. Allí, el pequeño barco se estrelló con un ruido que dominó al de la tormenta; después se sumergió en un abrir y cerrar de ojos, y el meteoro, también desecho con aquel rudo choque, se desvaneció estallando como una gigantesca bomba, quedando en el mar su base líquida y en las nubes los vapores que formaban su redondeado penacho.

Podía contarse como seguro que estaban perdidos todos los que conducía la embarcación, ¡perdido el valiente salvador que se había precipitado en socorro de las dos jóvenes!

Keraban quiso lanzarse en aquellas furiosas aguas, con el fin de ayudarlo.... Sus compañeros tuvieron que luchar con él para impedirle el correr á una muerte segura.

Pero, durante aquel tiempo se pudo ver á Ahmet al resplandor de los relámpagos continuados que iluminaban el espacio. Con un vigor sobrehumano acababa de subir á la roca. ¡Llevaba en sus brazos á una de las naufragas! La otra, cogida á sus vestidos, subía con él.... Pero, salvo ellas, nadie había aparecido.... Sin duda, toda la tripulación del barco que se había arrojado al mar en el momento en que la tromba le asaltó, había perecido, y las dos eran las que solamente sobrevivían de aquel naufragio.

Cuando Ahmet se puso fuera del alcance de las olas, se detuvo un instante y miró la distancia que le separaba de la punta del canalizo. Lo más, unas quince piés. Y entonces, aprovechando la vuelta de una enorme ola, que dejaba apenas algunas pulgadas de agua sobre la arena, se lanzó con su carga seguido de la otra joven, hácia las rocas de la playa, á donde difícilmente pudo llegar.

Un minuto después, Ahmet estaba entre sus compañeros.

Allí cayó, á causa de la emoción y la fatiga, después de haber puesto en los brazos de éstos á la que acababa de salvar.

—¡Amasia, Amasia!— exclamó Keraban.

(Se continuará.)

EL TIGRE BLANCO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

LUIS BOUSSENARD.

— Exactamente, y mi aparato llenará muy bien su objeto. No comprendo como los negros y los Piel-Rojas no hayan pensado jamás en un procedimiento tan sencillo para reemplazar esas planchas de hierro de que carecen con tanta frecuencia.

Casimiro, estupefacto, arqueaba la ceja de su ojo único, murmurando :

— ¡ Oh ! Estos blancos nunca se apuran por nada, y siempre encuentran salida para todo.

Al cabo de doce horas de cocción en un fuego, al principio muy suave, cuya intensidad se aumentó poco á poco, la platina, ligeramente hendida y ménos llana quizás que la superficie de las aguas tranquilas, pero bien dura y cocida, calentaba una apetitosa galleta.

Aquella primera victoria, alcanzada sobre la necesidad, fué acogida con la satisfacción que es posible imaginarse. Era una verdadera conquista á cuyo derredor se podría verificar una agrupación de todas las cosas de primera necesidad que, informes al principio, serian susceptibles de múltiples perfeccionamientos.

Con aquella excelente arcilla se podrian fabricar pecheros, ladrillos, un horno..... ¡ que sé yo ! Mientras llegaba aquel momento, la señora Robin, ayudada por su hijo mayor y bajo la dirección de Casimiro, confeccionaba aquel maná que, con el doble aspecto de cacao y de cacabe, constituye el principal recurso alimenticio de las tribus de la zona tórrida.

Entre tanto proseguian con ardor los trabajos para quitar la maleza, y los alrededores de la casa estaban perfectamente despejados. Se habló de recoger un poco de cacao y de café, y se trató de construir una empalizada en la que se encerrasen algunos pájaros y cuadrúpedos que pudieran ser domesticados, y cuya captura llevaria á cabo Casimiro.

El primer habitante del futuro corral se presentó ántes de fijar ninguna estaca. Nadie esperaba la llegada de un animal tan extraño, que no puede ser de utilidad alguna, pero cuyo aspecto y costumbres son tan raros, que los niños reclamaron para él el derecho de ciudadanía, gracia que les fué concedida fácilmente.

Hé aquí cómo se verificó aquella nueva conquista,

cuyo héroe fué Nicolás. El parisiense marchó una mañana al campo de yuca solo, pues Robin se quedó en la cabaña ocupado en confeccionar una banasta con fibras de aronima, destinada al transporte de los géneros alimenticios.

Nicolás, con su ojo avizor, en guardia siempre, examinaba minuciosamente el horizonte próximo, cuando de pronto, y en la copa de un árbol, descubrió una masa gris inmóvil.

— No es un mono, porque no se ha movido. Está quieto como un tronco. Es curioso. Sin embargo— continuó diciendo al paso que se acercaba— es un animal.

El árbol tenia unos siete ú ocho metros de altura. Su copa, compuesta de anchas hojas, blancas por debajo, no tendria dos metros de diámetro. Cuando estuvo cerca vió claramente al animal abrazado con sus cuatro patas á una rama y en actitud de dormir. Nicolás meneó el tronco flexible, algo más grueso que un brazo. El animal permaneció inmóvil, y entonces sacudió con más fuerza, acabando por hacer oscilar al árbol bruscamente, sin que el dormilon pareciera notar su presencia.

— Cosa extraña — dijo. — Parece que está sujeto con alambres. ¡ Hola ! Espera un poco.

Algunos machetazos vigorosamente aplicados en el tronco bastaron para que cayera la copa, sin que el misterioso cuadrúpedo soltase su presa. Nicolás dió un salto y se dispuso á matarle ó por lo ménos á cortarle la retirada. Tarea inútil. Al verle dejó escapar el animal un gemido plañidero: « ¡ Ha-ii ! ¡ Ha-ii ! » y se agarró con mayor fuerza.

El parisiense cortó la rama de cecropia, la convirtió en trineo, y tirando de ella emprendió el camino de la casa. El animal chillaba tristemente, agarrándose más y más. Cuando Nicolás divisó á sus amiguitos, gritó :

— ¡ Enrique ! ; Edmundo ! ; Eugenio ! ; Corred ! ; Si vierais que animal tan curioso he encontrado !

Una explosión de risas y gritos de alegría acogió su llegada. Robin dejó su trabajo y se acercó seguido de Casimiro.

— ¿ Qué diablos traeis ahí ? querido Nicolás.

— Eso es un carnarón perezoso — dijo el negro.

— En efecto. Es el conocido *perezoso*, el *ai* que se alimenta exclusivamente con hojas del árbol-cañon, que tarda más de un día en trepar hasta la copa, y que permanece en ella todo el tiempo necesario para devorarla, incluso la corteza.

— Eso es.

— ¡ Ah ! — dijo Nicolás, emorgullecido con su captura — ¿ ese individuo se llama *perezoso* ? Puedo asegurar que no ha usurpado su nombre.

— Padre — exclamaron a una voz los niños — díenos lo que es el *perezoso*.

— Con mucho gusto, tanto más cuanto esta lea.



Al cabo de dos horas de cocción.

ción de Historia Natural os será muy provechosa. Este animal singularísimo pertenece a la tribu de los *tardigrados*, nombre derivado de dos palabras latinas para expresar que camina lentamente, familia de los *desdentados*, orden de los *bradipodos*.

Nicolás era todo oídos.

— Este orden comprende dos géneros: el *ai* y el *unau*. Este último no tiene más que dos uñas en cada pié, y no posee el menor rindimento de cola.

— En ese caso — dijo Enrique — éste es un *ai*, pues tiene tres uñas y una pequeña cola.

— Muy bien, hijo mío. Se distingue también del *unau* por su tamaño, pues apenas tiene setenta centímetros de altura, mientras la del *unau* pasa á veces de un metro. Otra señal característica es esa mancha negra, de diez centímetros de largo, semejante á un signo de admiración, con un borde amarillo que se extiende entre ambos hombros y forma una verdadera depresión entre sus largos pelos, secos y ásperos como la grama. Si, puedes tocarla; esa mancha cubierta de pelo suave, sedoso y muy espeso, produce al tacto la impresión del raso.

—¿No me hará daño?

—¡Pobre animal! Es completamente inofensivo. Además, antes de que pudiera ejecutar un movimiento, tendrías tiempo sobrado para hacer un viaje.

El buen perezozo, que ya no se sentía sacudido ni arrastrado en la rama, empezó á moverse con gran alegría de la colonia. Abandonó su punto de apoyo y se dejó resbalar lentamente sobre la espalda. En aquella posición parece una gran tortuga sin la concha. Cruza y separa sus cuatro patas en busca de un asidero. Sus patas delanteras son mucho más largas que las traseras, y todas están provistas de uñas, dispuestas de tres en tres, amarillentas, encorvadas y con un desarrollo de cinco centímetros.

Pero, ¿qué cabeza! ¿Qué máscara de beatitud inmóvil! Una cabeza, ó por mejor decir una pera, sin frente ni barba, y cuyo hocico deprimido figura la punta. En el lugar de los ojos, dos puntitos redondos, azorados, estúpidos, que parecen hechos con barro y cuya expresión aumenta el aspecto de imbecilidad de aquella cara cubierta de pelo amarillento. No se ve rastro de orejas. La boca, de labios negros, delgados, filiformes, se abre de vez en cuando para dar salida á un agudo silbido que se escapa entre sus dientes negruzcos. Quiña los ojos lentamente, como si los párpados funcionasen mal.

Nicolás le da vuelta y le coloca en cuatro pies. El perezozo se deja caer estirando las piernas, que no pueden soportar el peso del cuerpo. Después de verificar un verdadero viaje en la distancia de un metro, llega á uno de los pies derechos de la choza, en el cual haca la garra, levantándose unos dos centímetros. Como si se derrangara, alza la otra pata que va á aplicarse un poco más arriba de la primera. Parece un eric ó gato que sube á rason de una vuelta de manubrio por minuto.

Los niños patelean de impaciencia al ver aquella incomparable lentitud. El animal emplea un cuarto de hora para subir la altura de un metro.

—¡Sube, perezozo, sube!—gritaban.—¡Ah!... ah!...

—Hagamos justicia al perezozo—dijo el padre siguiendo el curso de su monografía.—Cuando se agarra á alguna parte no hay fuerza capaz de arrancarle de allí. Nicolás, irata de quitarle del poste.

El parisiense cogió con cada mano los hombros del *ah* y tiró con todas sus fuerzas, sin que el animal se alterase lo más mínimo. Dejose colgar con todo el peso de su cuerpo, pero no consiguió nada. Parecía que el bradípodo formaba parte del madero, al que estrechaba con la desesperada energía de un abogado.

—¿Qué puños tiene, hijos míos, qué puños! No para en esto—continuó Robin.—El instinto de conservación está tan desarrollado en él, que suplente á la inteligencia. Como á causa de su pereza se dejaría hacer pedazos sin soltar su presa, elige, con preferencia para su domicilio los árboles que están encima de los arroyos. Cuando comprende que se ve amenazado, abandona rápidamente el punto de apoyo, y dejándose caer en el agua, consigue escapar.

—¿Podremos tenerle y domesticarlo?—preguntó Eugenio.

—Sí, hijo mío. Es susceptible de recibir educa-

ción. Pero, entendámonos, una educación muy rudimentaria. Sin embargo, te aseguro que si le llevas todos los días una pequeña provision de hojas frescas, no tardará en reconocerte. No es escrupuloso para comer, y su sobriedad es igual á su pereza. Cinco ó seis hojas cada veinticuatro horas le sobarán seguramente.

—En ese caso, es mío.

—Es tuyo, si Nicolás no tiene pretensiones acerca de su posesion.

—Os charcoáis, señor Robin. Estoy muy contento con agrandar á Eugenio.

—Voy á darle de comer—dijo el niño arrancando una hoja de la rama que le había servido de vehículo. ¡Toma, ah!... Toma.

El perezozo, rendido sin duda por los esfuerzos y las emociones de la jornada, dormía asido fuertemente al pié derecho.

Marced á la energía de todos, grandes y pequeños, la existencia de la colonia debía ser muy próspera. Los principios habían sido ruidos, y el jefe de la familia, así como su valerosa compañera, no recordaban sin estremecerse los terribles incidentes que acompañaron á su reñion. Aunque no rebajada la abundancia, estaban satisfechas las necesidades más urgentes. Robin hubiera sido completamente feliz si el lúgubre recuerdo del pasado no acudiera á veces á entristecer su espíritu y á producirle grandes temores.

Databa de tan poco tiempo su libertad, que no había olvidado aún los horrores del presidio, los trabajos abrumadores del destierro y la infamante confusión con los forzados. Había reconquistado su independencia; había atendido á las necesidades de la familia, y tenía asegurado el día de mañana; era, pues, preciso poner su albrague al abrigo de un golpe de mano para el caso en que la casualidad se le hiciera conocer á sus perseguidores.

Con la parsimonia de un ayaró había economizado las municiones reguladas á Nicolás por el capitán holandés; y si alguna vez había empleado la pólvora, fué para procurar un poco de carne fresca á los europeos aún no bien acclimatados.

Su fusil constituía un instrumento de defensa del que se hubiera servido en un caso extremo, pero sin vacilación alguna, para conservar aquella libertad en la que descansaba la salvación común. No dejaba de considerarla, y con fundamento, que aquella arma era insuficiente para entablar, en caso necesario, una lucha cuyos riesgos debía evitar.

Era preferible hacer la casa inabordable y fortificar el único punto débil por donde podía entrar el enemigo. No había que pensar en los sistemas de defensa de los países civilizados, pues la estrategia era inútil á los aventureros de los bosques, y además completamente implacable.

La Buena Madre, situada á media falda en la vertiente de una colina cubierta de árboles, era inaccesible por el Oeste, al N, y al S, se extendían pantanos sin fin, en cuyo fondo no podía posarse planta humana. Pero el lado E. se hallaba descubierto, y el

camino que conducía á la caleta de los Cocoteros era de acceso fácil. Allí estaba el punto débil.

El ingeniero, que fácilmente hubiera puesto una plaza en estado de defensa, era incapaz de cerrar aquel desfiladero abierto sobre el arroyo. El salto del Iguanó le parecía una línea insuficiente, y en tal estado de ánimo participó sus temores á Casimiro pidiéndole consejo. El pobre hombre, que ignoraba lo que podía ser un baluarte, una cortina, un reducto ó una media luna, encontró el asunto muy sencillo.

Una mueca, susceptible en ciertas ocasiones de representar una sonrisa, contrajo su arrugado rostro al pensar en la idea de que podría jugar una mala pasada á los *bribanes* de allí si se les antojase acometer á su compadre, á sus pequeños y á la buena señora.

— Ya sé lo que queréis. Vamos á hacerlo inmediatamente; venid conmigo, y Nicolás también.

— ¿Qué vas á hacer?

— Esperad un momento. Vais á ver.

No hubo medio de obligarle á decir más. Los tres hombres, armados con sus machetes, partieron en el acto hacia la caleta de los Cocoteros. El sitio que debía defenderse tendría unos sesenta metros de anchura. El anciano se comprometió á hacerle inabordable en ménos de tres horas.

— Haced lo mismo que yo, compadre— dijo en su jerga mientras practicaba con la punta del machete un hoyo de quince centímetros de profundidad.

En pocos momentos hizo cada uno de los dos hombres una pequeña excavación á la distancia de treinta centímetros.

— Mas... así... signanos.

En ménos de un cuarto de hora quedó ejecutada la primera línea de hoyos, después hicieron otra, y luego otra, casi paralelas entre sí y perpendiculares á la casa.

— ¿Qué diablos quiere plantar ahí, coles ó alcachofas?— preguntó Nicolás cubierto de sudor, por más que aquel trabajo no era muy penoso.

— No creo que sea tan inocente— dijo Robin.— Lo que plante serán nopales, aloes, pitos ó enforbios.

— Eso es— repuso el viejo.— El compadre lo sabe todo.

— Es muy sencillo. Cortaremos estacas de esos enormes vegetales que aquí crecen profusamente; plantaremos docientos cincuenta ó trescientos, y dentro de dos meses habrá un formidable valladar de espinas y de caballos de frisa, suficiente para hacer retroceder á un cuerpo de ejército. Es el cerramiento por excelencia que emplean los españoles en Cuba, los franceses en Argelia y también los brasileños.

— Los blancos— dijo el leproso con acento amenazador— no podrán pasar nunca por aquí. Cuando crezcan estas plantas habrá en este sitio un hormiguero de víboras y serpientes de cascabel.

— Pero no podremos salir.

Casimiro se sonrió.

— El viejo negro puede hacer que vengan las serpientes. No tiene más que decirles: Venid, y llegan corriendo; marchad, y huyen al punto.

Nicolás movió la cabeza con aire de duda, murmurando;

— No digo que no vengan, pero siempre será mala vecindad.

Robin le tranquilizó refiriéndole de qué modo habían huido sus perseguidores, puestos en dispersión por Casimiro.

— Es decir, que creéis en eso, mi amo.

— Creo en lo que he visto y oído.

— No insisto porque vos me lo aseguráis, pero de claro que parece increíble. ¿Ocurren aquí unas cosas tan extrañas!

Los tres compañeros emprendieron el camino de la Buena Madre, prometiéndole volver de vez en cuando á fin de inspeccionar el atrincheramiento que debía levantarse por sí solo, y si había llegado la guarnición esperada.

Marchaban muy despacio en fila india, como siempre, y hablando en voz baja. De pronto se pararon al oír un ligero ruido.

En aquellos bosques poblados de seres singulares y espantosos, guardia de fieras y reptiles, donde un puñado de hierba sirve de emboscada al animal cuya garra destroza, ó cuyo anillo ahoga, y donde mata el invisible dardo, el viajero está siempre amenazado por un peligro mortal bajo múltiples formas. Por esto, hallándose en actividad constante, sus sentidos adquieren una percepción maravillosa. No solamente el salvaje, pero también el europeo, saben interpretar en un instante todos los ruidos de la Naturaleza, atribuirles una causa, encontrar la dirección, y llegar á prever sus efectos.

Robin, bastante perplejo, á pesar de su habilidad, no sabía qué hacer, y sobre todo, no podía contestar á Nicolás, ignorante, como un parisiense de Batignolles, de todo lo relativo á la vida salvaje. Casimiro estaba callado, concentrando en el sentido de la audición todas sus facultades de hijo de la Naturaleza.

El ruido continuaba vago, poco intenso, sin interrupción, como el murmullo de la lluvia fina sobre las hojas elevadas, ó mezclado con un ligero chasquido. No era el ruido de escamas de reptil rozando en los tallos, ni el del agua, ni el ronzido de una banda de patitas que huyen á lo lejos. Quizás se hubiera encontrado alguna analogía con el estrépito bien conocido de una nube de langostas. Se parecen mucho, pero este ruido, causado sin duda por la marcha de millares de insectos entre las hierbas, era más agudo y algo más seco.

— Son hormigas— dijo el negro vivamente contrariado.

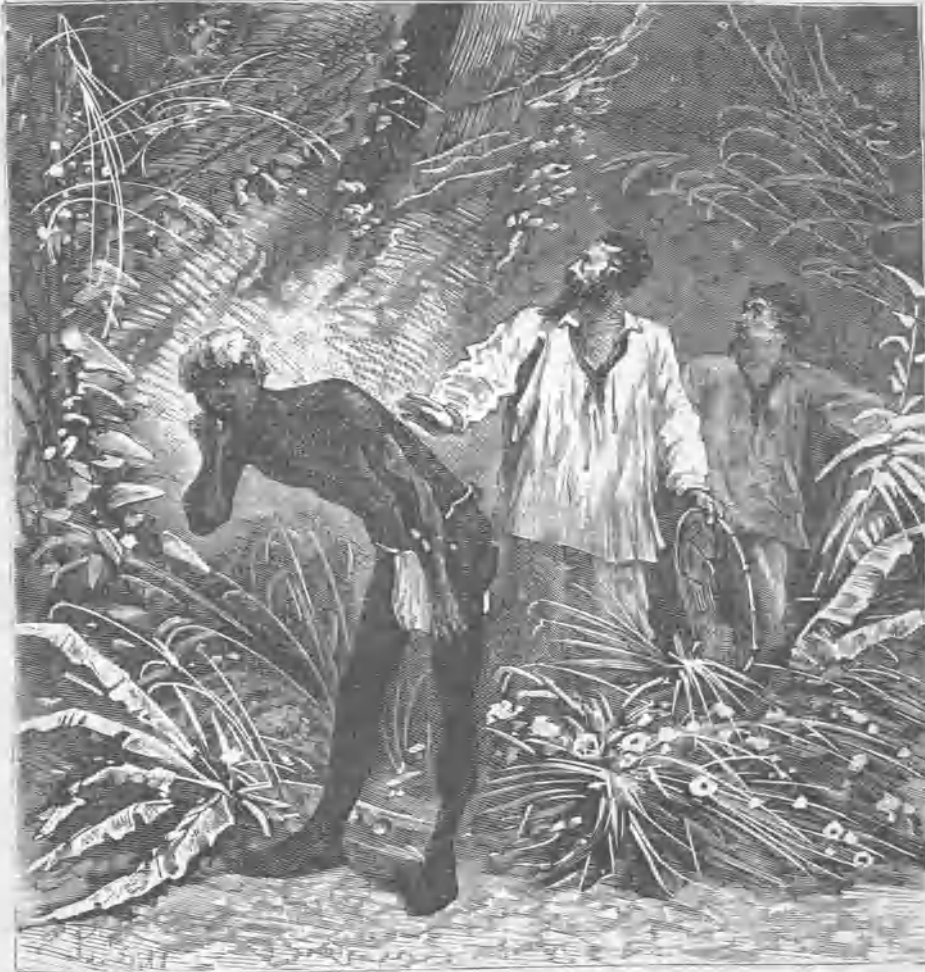
— Hormigas que emigran— continuó Robin alarmado.— ¿ Si se dirigen hacia la choza!... ¿ Mi mujer, mis hijos!... ¿ Oh, Dios mío! ¿ Vamos!

— ¿ Qué importan las hormigas?— dijo Nicolás.— No son elefantes. Aun cuando hubiera centenares, con poner el pié encima todo está terminado.

Si detenerse á discurrir aquella reflexión que acusaba en su autor la ignorancia más completa del peligro, los dos hombres avanzaban rápidamente. El ruido se hacía más perceptible á cada instante. Cuando estaban en la mitad del camino de la casa, el leproso, que marchaba á la cabeza, se detuvo bruscamente, y dió un hondo suspiro de satisfacción.

— Esos animales — dijo — no pasarán por la casa. En efecto, las hormigas cruzaban el camino a treinta metros del sitio en que estaban los tres amigos, cortándole en ángulo recto, y siguiendo, por consiguiente, una dirección paralela a la casa. La cuesta era muy inclinada, y podían ver el ejército de formi-

cópteros rodando como un torrente impetuoso. Aquella masa de cuerpos negros como el ébano, relucientes, apretados, ondulaba lenta y caprichosamente como lava fundida, cuyas propiedades devastadoras también tenía. Millares de mandíbulas picaban, mordían y sogaban a su paso toda clase de vegetales



Casimiro estaba cuitado.

grandes y pequeños. Las hierbas desaparecían, las malezas se aclaraban, y hasta los troncos parecían que iban a sucumbir. El ruido que se escapaba de aquella horda de pequeños rapaces era característica. Los emigrantes pertenecían a la especie de aquellas de que se sirvió Casimiro para producir en la cabeza del proscrito agonizante la vejigación que le salvó la vida.

Al ver Nicolas la obra demoleadora, perdió los bríos manifestados poco antes. Temblaba observando los árboles enormes despojados de su corteza en un abrir y cerrar de ojos, y enseñando su corazón indestruc-

tible privado de su envoltura, como un oso de la piel y de la carne. Nuestros amigos tenían el camino interceptado por algún tiempo. Esperarían, y si las hormigas no se daban prisa, cortarían el cuerpo de ejército incendiando las hierbas.

Ya se preparaban a realizar este proyecto, cuando un hecho extraño retardó la ejecución. Hacia algunos minutos que Robin miraba con curiosidad una gran masa oscura, acurrucada, ó por mejor decir, aplastada en medio del sendero, tocando en uno de los lados de la zona invadida por los insectos. Una especie de penacho, también oscuro, se levantaba de

vez en cuando, bajándose luego espasmódicamente para volver á empezar sin interrupción. En la otra extremidad un objeto rojizo, morado, cuya naturaleza no se podía apreciar por la distancia; salía largo, rígido, recto, luego entraba como el émbolo de una bomba, y lanzábase en medio de las hormigas para desaparecer y volver á mostrarse al punto. En aquello no había nada misterioso, y el proscrito lo comprendió en seguida. La masa oscura era un honrado hormiguero que se entregaba á los placeres de un opiparo banquete. El objeto rojizo era su larga y viscosa lengua, que dirigía á manera de dardo contra la muchedumbre de insectos, y el penacho su inmensa cola, cuyos movimientos de vaiven demostraban el júbilo de su dichoso propietario.

Dedicado á su función gastronómica, no sospechaba el animal la presencia de los tres hombres, á quienes interesaba vivamente su maniobra. Aquella quietud no debía durar mucho. El almuerzo del hormiguero tenía un cuarto testigo que experimentaba, sin duda el suplicio de Tántalo. Digamos de una vez que se trataba de un jaguar de soberbio y ferocísimo aspecto, verdadero bandido de los grandes bosques. El ejército de hormigas formado en columna de veinte metros de anchura, se extendía entre los dos cuadrúpedos, y el jaguar alargaba su pata con el ademán de un gato, pescando una rana, y á quien el contacto del agua produce un susto horrible. Las hormigas, con el aguijón al aire, y apretadas como los soldados de la falange macedonia, le taladraban á su antojo, formando entre él y el hormiguero, objeto de su insaciable apetito, una barrera infranqueable.

Era preciso decidirse, adoptar una resolución extrema quizá, pero un jaguar hambriento no razona. En el centro de la falange se levantaba un árbol, al que era forzoso llegar mediante un salto de diez metros. El felino, sin preocuparse por tomar carrera, saltó con la ligereza de un gimnasta consumado. Ejecutada la mitad de la maniobra, había que tomar medidas para caer á plomo sobre el hormiguero, y no encima de la horda que haría sus delicias.

El hormiguero advirtió lo que se proponía su enemigo, y abriendo los ojos desmesuradamente, aceleró el movimiento de su lengua, devorando con rapidez los últimos bocados del festín.

Casimiro se reía á más no poder, Nicolas arqueaba las cejas, y Robin seguía con interés aquella escena. La batalla va á ser dramática. El carnívoro tiene fuertes y aceradas uñas, y su mandíbula está guarnecida de enormes colmillos. El destructor de hormigas no tiene más que sus garras ¡pero qué garras! verdaderos ganchos de diez centímetros, y tan duros como el acero mejor templado.

El jaguar considera que ha llegado el momento oportuno, y se lanza por segunda vez con la boca abierta, las garras extendidas y la cola recta. Describe en un instante una parábola vertiginosa, y se deja caer.... precisamente en el sitio donde medio segundo antes se encontraba el impasible gloton.

El hormiguero, sin perder la calma, había verificado una retirada, y se encontraba en frente de su brutal antagonista, recogido sobre las patas traseras y

con las delanteras levantadas en la posición de un boxador.

La maniobra no es del gusto del jaguar, que sopla y gruñe furiosamente. Partiendo del principio observado por los duelistas y boxadores, que en un combate el que da primero da dos veces, alarga una pata y procura penetrar en la línea baja, que le parece mal protegida.

El hormiguero responde con una zarpada formidable tan bien dirigida, que arranca de un golpe toda la piel que cubre la parte izquierda de la cara del felino. El herido da un aullido de rabia, pierde la calma y se ciega. La sangre cae como una lluvia sobre las hierbas, y aguijoneado por el dolor se lanza contra su enemigo, el cual se tiende en el suelo, bajando la cabeza y estirando las patas.

En un momento queda el jaguar « cogido » como dicen los luchadores. Las uñas del hormiguero se implantan como dientes de horquilla en su cuerpo, que cruje con el poderoso esfuerzo del apretón. Los dos cuerpos estrechamente enlazados, ruedan y se retuercen. Nuestros amigos, testigos de aquella lucha, ya no distinguen más. La batalla dura dos minutos interminables, se oye un ruido de huesos rotos, y luego un resuello ronco. El hormiguero abre sus brazos, y queda sin movimiento con la espina dorsal quebrantada, junto al jaguar despanzurrado y sacudido por el estertor de la agonía.

Robin, Casimiro y Nicolas, admirados por el desenlace de aquel encuentro, avanzaron con precaución hacia los cadáveres palpitantes.

— ¡Qué hubiera sido de nosotros si el jaguar hubiese tenido el capricho de atacarnos — dijo Nicolás.

El proscrito se sonrió blandiendo su machete.

— No sería el primero — añadió friamente. — Ahora es preciso desnudar á estos valientes, cuyas pieles servirán de magníficos tapices en nuestra casa. Ea, manos á la obra, pues las hormigas no tardarán en dejar más que los huesos.

— ¡Hola! — exclamó el parisiense á la vista de un animalito del tamaño de un conejo que estaba agazapado entre dos arcabas. — ¿Qué es eso?

— Ese es un hijo del hormiguero — repuso Casimiro.

— ¡Es posible! ¡Oh! ¡pobrecito, está asustado! Mi amo, se me ocurre una idea: ya que está huérfano me le llevaré á casa para los niños.... ¿Qué decís?

— Estoy conforme; amigo mío, le domesticaremos y será un compañero excelente.

Mientras Robin desollaba al jaguar con gran presteza, el parisiense ató á un árbol al hormiguero, que no oponía resistencia alguna, demostrando tener un carácter dulce y apacible.

— ¡Qué animal tan raro! — dijo examinando atentamente el cadáver. — ¿Es ésta la cabeza? No tiene boca.

— ¿Que no tiene boca?

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

El nivel del agua se elevaba rápidamente en la galería subiéndonos hasta las rodillas y dificultando nuestra marcha.

El *magister* echó á correr con nosotros y los tres no dejábamos de gritar al pasar por los tajos.

— ¡Huid, el agua está en la mina!

Crecía el agua con furiosa rapidez; felizmente no estábamos lejos de las escalas, y si no hubiera sido por esta casualidad nunca las hubiésemos alcanzado. El *magister* llegó primero, pero se detuvo:

— Subid ántes vosotros — dijo — yo soy el más viejo y tengo la conciencia tranquila.

La situación no era á propósito para hacernos cumplidos; el tío Gaspar subió primero, yo le seguí; el *magister* vino detras, y luego, á larga distancia, algunos obreros que se nos habian agregado.

Los cuarenta metros que separan el segundo piso del primero no fueron recorridos nunca con tanta rapidez. Pero ántes de llegar al último escalon cayó sobre nuestras cabezas una gran cantidad de agua que apagó las lámparas. Era una cascada.

— ¡Cuidado! — gritó el tío Gaspar.

El *magister*, él y yo nos asimos fuertemente á los escalones para resistir, pero los que venian detras fueron arrastrados, y si hubiéramos tenido que subir diez escalones más, hubiésemos sido precipitados como aquellos infelices, pues en un momento creció la cascada como una avalancha.

Aunque pudimos llegar al primer piso no estábamos en salvo, porque teníamos que recorrer cincuenta metros antes de salir y el agua llenaba tambien aquella galería; estábamos á oscuras, pues las lámparas se habian apagado como he dicho.

— Estamos perdidos — dijo el *magister* con un acento casi tranquilo; — reza tu última oracion, Kemi.

En el mismo instante y por el fondo de la galería aparecieron siete ú ocho lámparas que corrían hácia nosotros; el agua nos llegaba á las rodillas y sin bajar el cuerpo la tocábamos con las manos. No era un agua que corría con lentitud, sino un torrente, un torbellino que todo lo arrasaba volteando las piezas de madera como si fueran plumas.

Los hombres que se acercaban y cuyas lámparas veíamos, querian seguir la galería y alcanzar las escalas que habia cerca de allí; pero en presencia de aquel torrente era imposible.

La misma exclamacion del *magister*, lanzaron ellos.

— ¡Estamos perdidos!

Ya se habian unido á nosotros.

— Por aqui, sí — gritó el *magister* que era el único de nosotros que conservaba la sangre fria, el único lugar de refugio que tenemos son las obras antiguas.

Estas obras antiguas eran una parte de la mina abandonada desde mucho tiempo atras, y á la cual nadie iba, pero que el *magister* habia visitado varias veces cuando buscaba curiosidades.

— Volved atras — gritó — y dadme una lámpara, yo os guiaré.

Casi siempre que hablaba se reian en su cara, ó le volvian la espalda encogiéndose de hombros; pero los más animosos habian perdido las fuerzas de que tan orgullosos se mostraban, y todos obedecieron la voz de aquel pobre hombre de quien se burlaron poco tiempo ántes; instintivamente fueron acercadas todas las lámparas.

Cogió una en su mano derecha, y asiéndome con la izquierda, se puso á la cabeza del grupo. Íbamos en el mismo sentido que la corriente y marchábamos deprisa.

Ignoraba á dónde nos dirigiámos, pero habia recordado la esperanza.

Despues de seguir la galería durante algunos minutos ó segundos, porque habíamos perdido la nocion del tiempo, se detuvo.

— Va á ser tarde — exclamó; — el agua sube con demasiada rapidez.

En efecto, nos alcanzaba velozmente; desde las rodillas me llegaba á la cadera y no tardó en mojar-me el pecho.

— Es preciso que entremos en un socavon — dijo el *magister*.

— ¿Y luego?

— El socavon no conduce á ninguna parte.

Entrar en el socavon era lo mismo que meterse en un callejon sin salida; pero en nuestra situacion no podíamos elegir ni esperar: no habia más remedio sino guarecerse en el socavon y tener así algunos minutos por delante, es decir, abrigar la esperanza de salvarse, ó continuar por la galería con la certidumbre de ser arrastrados y encontrarse sumergidos en pocos instantes.

Con el *magister* á la cabeza nos internamos en el socavon. Dos de nuestros compañeros quisieron avanzar por la galería y no los hemos vuelto á ver.

Entónces, recobrando la conciencia de la vida,

oímos un ruido que nos ensordecía desde que empezamos á huir y que, sin embargo, no habíamos percibido todavía: hundimientos, remolinos, caídas de agua, estallidos de madera, explosiones de aire comprimido; el estrépito que reinaba en la mina era espantoso y nos tenía amedrentados.

— Es el diluvio.

— El fin del mundo.

— ¡Dios mío! ¡Tened compasión de nosotros!

Desde que estábamos en el socavón no había hablado el *magister*, pues su espíritu no gustaba de lanzar quejas inútiles.

— Hijos míos — dijo — es preciso que no os fatiguis; si continuamos así de este modo con piés y manos, no tardaremos en quedar rendidos de fatiga; vamos á hacer algunas rezas en el esquistó para que nos sirvan de puntos de apoyo.

El consejo era prudente, pero difícil de ejecutar, porque no teníamos ni un solo pié; cada uno estaba provisto de su lámpara y no había instrumento de ninguna clase.

— Con los ganchos de las lámparas — continuó el *magister*.

Cada cual se puso á escarvar en el suelo con el garfio de su lámpara; la faena era muy difícil, porque el socavón estaba inclinado y resbaladizo. Pero cuando se sabe que al resbalar se encontrará la muerte al fin, se recobran las fuerzas y el valor. En algunos minutos practicamos todos un agujero en el que se podía colocar el pié.

En cuanto acabamos pulimos respirar y reconocernos. Éramos siete: el *magister*, yo á su lado, el tío Gaspar, tres piqueros llamados Pagés, Campayron y Bergounhoux, y un arrastrador, Carrory; los otros obreros habían desaparecido en la galería.

Los ruidos de la mina continuaban con igual violencia. No hay palabras bastante expresivas para describir aquella horrible batahola; las detonaciones del cañon unidas al estampido del trueno no hubieran producido un estrépito tan espantoso.

Locos por el terror, nos mirábamos buscando en los ojos del vecino las explicaciones que no podía darnos nuestro espíritu.

— Es el diluvio — decía uno.

— El fin del mundo.

— Un temblor de tierra.

— El genio de la mina que se enoja y quiere vengarse.

— Una inundación del agua que llenaba las obras antiguas.

— Un agujero en el fondo del Divonne.

Esta última hipótesis era la mía. No dejaba de insistir en mi agujero.

El *magister* no había dicho nada. Nos miraba fijamente encugiéndose de hombros, como si hubiera discutido la cuestión al aire libre, á la sombra de un moral comiéndose una cebolla.

— Seguramente se trata de una inundación — dijo por último, despues que cada cual emitió su parecer.

— Causada por un terremoto.

— Enviada por el genio de la mina.

— Procedente de las antiguas obras.

— Que cae del Divonne por un agujero.

Todos iban á repetir lo que ya habían dicho.

— Es una inundación — continuó el *magister*.

— Bueno. Pero ¿de dónde procede? — dijeron al mismo tiempo varias voces.

— No lo sé, mas lo del genio de la mina es una simpleza; en cuanto á que procede de las obras antiguas, sería posible si el tercer piso únicamente estuviera inundado; pero también lo están el segundo y el primero. Ya sabéis que el agua no sube, sino que baja siempre.

— ¿Y el agujero?

— Es imposible que se hagan agujeros en el fondo del río.

— ¡El terremoto!

— No sé.

— Pues si nada sabéis no debierais hablar.

— Sé que esto es una inundación, y ya es algo saber; una inundación que viene de arriba.

— ¡Pardiez! Bien claro está; como que nos ha seguido el agua.

Desde que estábamos en seco nos considerábamos más seguros y nadie quería escuchar al *magister*.

— No te las echés de sabio, porque no sabes más que nosotros.

Se desoconocía la autoridad que le había dado su firmeza de ánimo en el peligro. Calló y no volvió á insistir.

Á fin de dominar el estrépito, hablábamos á grandes voces, y sin embargo, quedaba ahogada nuestra bulla.

— Habla un poco — me dijo el *magister*.

— ¿Qué queréis que diga?

— Lo que tú quieras; es preciso que hables, di lo primero que se te ocurra.

Pronuncié algunas palabras.

— Bueno. Ahora más despacio. Así. Está bien.

— ¡Pierdes la cabeza, *magister*! — dijo Pagés.

— ¿Te vuelves loco de miedo?

— ¿Crees que te has muerto?

— Creo que el agua no llegará aquí y que si morimos, no será ahogándonos.

— ¿Qué significa lo que dices, *magister*?

— Mira tu lámpara.

— Ya la miro: está ardiendo.

— ¿Como siempre?

— No. La llama es más viva, pero no tan larga como otras veces.

— ¿Tenemos aquí el *grisou*?

— No — dijo el *magister* — por esa parte no hay nada que temer; el mismo peligro ofrece el *grisou* que el agua, la cual no subirá ya ni un pié más.

— ¿Eres hechicero?

— No soy hechicero. Estamos en una campana y el aire comprimido en ella impide que suba el agua; el socavón, cerrado por su extremo, es para nosotros lo que la campana para el buzo. El aire rechazado por las aguas se acumula en esta galería y á su vez resiste el agua y la rechaza.

Al oír cómo el *magister* nos explicaba que estábamos en una campana de buzo, en la que no podía subir el agua hasta nosotros, porque el aire la dete-

nia, oyéronse algunos murmullos de incredulidad.

— ¡Vaya una tontería! ¿Acaso no es el agua más fuerte que todo?

— Sí, al exterior, cuando está libre; pero si en un cubo lleno de agua introduces un vaso con la boca hacia abajo, ¿por ventura sube el agua en su interior? No. ¿Es cierto? Queda un vacío. ¡Pues bien! Ese vacío está formado por el aire. Otro tanto sucede aquí; nos hallamos en el fondo del vaso y el agua no llegará hasta nosotros.

— Eso lo comprendo bien — dijo el tío Gaspar — y ahora me parece que haceis mal vosotros en burlaros del *magister*; él sabe cosas que nosotros no conocemos.

— ¡Estamos en salvo! — dijo Carrory.

— ¿En salvo? — No he dicho eso. No nos ahogáremos, eso es lo que yo os aseguro. Lo que nos libra de ese peligro es que estando el socavón cerrado, no puede salir el aire. Pero esta circunstancia que nos salva nos pierde al mismo tiempo. El aire no puede salir, está aprisionado; pero también lo estamos nosotros y no tenemos salida.

— Cuando baje el agua....

— ¿Pero bajará? Yo no lo sé; para averiguarlo sería preciso conocer de qué modo ha venido; ¿quién puede decirlo?

— ¿No dices que es una inundación?

— Sí, en efecto, lo es. Mas ¿de dónde procede? ¿Es que el Divonne se ha desbordado hasta los pozos? ¿Es que se ha roto algún manantial? ¿Es un temblor de tierra? Para precisar estas dudas sería necesario estar fuera de aquí, y por desgracia estamos dentro.

— Acaso esté arruinado el pueblo.

— Acaso....

Hubo un momento de silencio y de espanto.

Ya no se oía el ruido del agua; de vez en cuando se oían á través de la tierra detonaciones sordas y se sentían grandes sacudidas.

— La mina debe estar llena — dijo el *magister* — y ya no entra en ella el agua.

— ¡Pedra! — gritó Pagés con acento de desesperación.

Pedro era su hijo, piquero como él, que trabajaba en el tercer piso de la mina. El sentimiento de la conservación personal, siempre tiránico, le había impedido hasta entonces pensar en su hijo; pero la frase del *magister*, «la mina está llena», le sacó de su olvido.

— ¡Pedra! ¡Pedro! — gritó con acento desgarrador; — ¡Pedro!

Nadie respondió, ni aun el eco; su apagada voz no salió de nuestra campana.

— Habrá encontrado algún socavón — dijo el *magister*; — ciento cincuenta hombres ahogados sería demasiado horrible; Dios no lo habrá permitido.

Me pareció que no decía aquello convencido de que fuera imposible. Por la mañana bajaron á la mina ciento cincuenta hombres; ¿cuántos pudieron subir por los pozos ó encontrar un refugio como nosotros? ¡Todos los compañeros perdidos, ahogados ó muertos! Nadie se atrevió á decir una palabra.

Pero en situaciones como la nuestra no es la simpatía ni la compasión los sentimientos que dominan el alma.

— ¡Y bien — dijo Bergouabouse después de un instante de silencio — ¿qué vamos á hacer nosotros?

— ¿Qué quieres que hagamos?

— No hay más remedio que esperar.

— ¿A qué hemos de esperar?

— Esperar; ¿quieres perforar con el garbato de tu lámpara los cuarenta ó cincuenta metros que nos separan de la luz?

— ¡Es decir, que moriremos de hambre!

— No es ése el mayor peligro.

— Vamos, *magister*, habla, que nos das miedo; ¿cuál es el peligro, el mayor peligro?

— Se puede resistir el hambre fácilmente; yo he leído que unos obreros sorprendidos, como nosotros, por el agua en una mina, habían permanecido veinticuatro días sin comer. Hace muchos años que sucedió esto, fué en tiempos de las guerras de religión; pero aun cuando hubiese sido ayer lo mismo sería. No, no es el hambre lo que me hace temblar.

— Pues ¿qué te atormenta, si dices que las aguas no pueden subir?

— ¿Sentís pesadez en la cabeza, zumbidos en el oído, respiráis fácilmente? Yo, no.

— A mí me duele la cabeza.

— Me palpita fuertemente el corazón.

— Siento golpes en las sienes.

— Yo estoy atontado.

— Pues bien, en eso precisamente consiste el peligro. ¿Cuánto tiempo podríamos vivir en esta atmósfera? Lo ignoro. Si fuese un sabio en vez de ser un ignorante os lo diría, pero no puedo. Nos hallamos á cuarenta metros debajo de tierra, y es probable que tengamos bajo nuestros pies treinta y cinco ó cuarenta metros de agua; esto significa que el aire experimenta una presión de cuatro á cinco atmósferas. ¿Cómo se vive en el aire comprimido? He aquí lo que sería preciso saber y lo que vamos á averiguar á nuestra costa.

Yo no tenía idea alguna acerca del aire comprimido, y quizá por esto mismo me causaron espanto las palabras del *magister*, mis compañeros estaban tan afectados como yo, y como yo tan ignorantes produciendo lo desconocido sobre todos un efecto horrible.

El *magister* no perdía la conciencia de nuestra desesperada situación, y aunque la veía claramente en todo su horror no pensaba más que en los medios de organizar nuestra defensa.

— Ahora hay que tratar de permanecer aquí sin que nadie caiga al agua.

— Tenemos agujeros.

— ¿Creéis que no vais á cansaros de estar en la misma posición?

— ¿Pero suponéis que hemos de permanecer en este sitio mucho tiempo?

— ¡Qué sé yo!

— Vendrán á socorrernos.

— Es verdad. Mas para venir en nuestro auxilio es preciso poder. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que empiecen los trabajos para nuestro salvamento. Un-

enante los que están sobre la superficie pueden decirlo. En cuanto á nosotros, que estamos debajo, es preciso que nos demos maña para estar lo mejor posible, porque si uno de nosotros se resbala, todo se va perdido.

— Nos atarernos unos con otros.

— ¿Y las cuerdas?

— Nos agarraremos por la mano.

— Mi opinión es que practiquemos dos mesetas como en una escalera; somos siete y en dos escalones podríamos estar todos, cuatro se colocarán en el primero y tres en el segundo.

— ¿Con que vamos á cavar?

— No tenemos picos.

— Con los gamellos de las lámparas en la tierra blanda, con los uchillos en las partes duras.

— No haremos nada.

— No digas eso, Pagés; en situaciones como la nuestra se debe hacer todo para salvar la vida; si alguno de nosotros se quedase dormido en este momento, ya no habría que contar con él.

La sangre fría y la presencia de ánimo del *magister* le habían dado sobre nosotros una autoridad que crecía por instantes; siempre se impone la grandeza del valor. Instintivamente comprendíamos que su fuerza moral luchaba contra la catástrofe que había aniquilado la nuestra y esperábamos nuestra salvación de aquella energía.

Pusimos manos á la obra, pues era evidente que lo primero debía ser practicar los escalones, y establecerlos, si no cómodamente, al ménos de manera que no pudiésemos rodar á la sima que se abría á nuestros pies. Cuatro lámparas que se habían encendido daban bastante claridad para guiarnos.

— Debemos elegir un sitio en que la excavación no sea difícil — dijo el *magister*.

— Escuchad todos — dijo el tío Gaspar — tengo que haceros una proposición: el único entre nosotros que sabe lo que se hace es el *magister*; mientras que todos hemos perdido la razón, él ha conservado la suya; es un hombre y tiene corazón. Ha sido píquero también y sabe mucho más que nosotros. Propongo que sea jefe y que organice el trabajo.

— ¡El *magister*! — interrumpió Carrory, que era una especie de bestia de carga, sin más inteligencia que la necesaria para empujar su wagoneta — ¿por qué no he de ser yo? Si él es arrastrador también yo lo soy.

— No se trata de nombrar como jefe á un arrastrador, animal; se quiere un hombre y él es más hombre que todos juntos.

— No decías eso ayer.

— Ayer era tan bestia como tú, y me burlaba del *magister* como todos, por no reconocer que sabe más que nosotros. Hoy te pide que nos mande y nos dirija. Veamos, *magister*, ¿qué quieres que haga? Tengo buenos brazos, ya lo sabes. Y vosotros, ¿qué hacéis?

— Te obedeceremos, *magister*.

— Harémos lo que mandes.

— Oid — dijo el *magister* — puesto que queréis concederme el mando, le acepto, pero con la condición

de que se ha de hacer lo que yo ordene. Es posible que estemos aquí por algún tiempo, varios días. No sé lo que sucederá. Nos hallamos como naufragos sobre una balza, peor todavía, porque en medio del mar se respira y se ve la luz. Si me dais el mandato, exijo que me obedezcáis, suceda lo que suceda.

— Te obedeceremos — dijeron todos.

— Si, me obedeceréis cuando os parezca bien lo que os mande; pero ¿y si os parece mal?

— Ya sabemos que eres un hombre excelente, *magister*.

— Y valeroso.

— Y que sabe mucho.

— Olyda la burla que te hayamos hecho, *magister*.

Ya no tenía entonces la experiencia que he adquirido despues, y me causaba asombro el ver de qué manera aquellos hombres que pocas horas antes no sabían como burlarse del *magister*, le reconocían ahora cualidades eminentes; ignoraba que las circunstancias pueden cambiar las opiniones y los sentimientos de algunos hombres.

— ¿Jurais obedecerme? — dijo el *magister*.

— ¡Sí, lo juramos! — respondimos á una voz.

Empezamos á trabajar. Todos teníamos cuchillos sólidos de fuerte mango y de templada hoja.

— Tres de vosotros escarbarán el socavón — dijo el *magister* — los tres más fuertes; y los más débiles, Kemi, Carrory, Pagés y yo arreglaremos los escombros.

— No, tú no — interrumpió Compayron, que era un coloso — tú no debes trabajar, *magister*, no eres bastante fuerte; eres el ingeniero, y los ingenieros no hacen ningún trabajo manual.

Todos aprobaron la opinión de Compayron, diciendo que si el *magister* era nuestro jefe, no debía trabajar. De tal modo se comprendía la utilidad de la dirección del *magister*, que de buena gana le hubieran colocado en un fanal para preservarle de todo peligro y accidente; era nuestro piloto.

El trabajo que teníamos que hacer hubiera sido muy sencillo si tuviésemos los útiles necesarios, pero con los cuchillos era tan difícil como lento. Había que formar dos mesetas escarbando en el esquisto; y á fin de evitar que resbalásemos por la pendiente del socavón, debían ser bastante anchas para que cuatro de nosotros pudieran colocarse en una, y tres en otra. A este objeto se dirigían nuestros trabajos.

Dos hombres excavaban el suelo en cada meseta, y el tercero recogía los pedazos del esquisto. El *magister*, con una lámpara en la mano, recorría los tajos.

En la excavación se encontraron algunos trozos de madera que estaban cubiertos de tierra y que fueron muy útiles para contener los escombros é impedir que rodasen hasta abajo.

Despues de trabajar durante más de tres horas y sin tomar descanso, conseguimos tener un espacio en el que podíamos sentarnos con relativa comodidad.

— Basta por ahora — dijo el *magister* — luego ensancharémos la meseta de modo que se pueda dormir en ella; no debemos gastar inútilmente nuestras fuerzas, pues no tardarémos en necesitarlas.

Nos colocamos como mejor pudimos el *magister*, el tío Gaspar, Carrory y yo en la meseta inferior, y los tres piqueros en la de arriba.

—Economicemos el aceite de nuestras lámparas— dijo el *magister*—apagadlas todas ménos una.

Las órdenes se ejecutaban en el momento en que eran trasmitidas.

Ibamos á apagar las lámparas inútiles, y el *magister* hizo un ademán para detenernos.

—Esperad, nos dijo, una corriente puede apagar



Dos hombrés excavaban el suelo.

nuestra lámpara; no es probable, pero tampoco sería imposible; ¿quién tiene fósforos para encenderla?

Aunque estaba severamente prohibido encender fuego en la mina, casi todos los obreros llevan fósforos en sus bolsillos; no habiendo ningun ingeniero que pudiera comprobar la infracción del reglamento á la pregunta: «¿Quién tiene fósforos?» respondieron cuatro voces: «¡Yo!»

—Tambien yo tengo—continuó el *magister*—pero están mojados.

Lo mismo les sucedía á los demás, pues cada uno tenía los fósforos en el pantalon, y todos habíamos entrado en el agua hasta el pecho ó hasta los hombros.

Carrory, que tenía la inteligencia tan torpe como la palabra, respondió por último:

—Yo tambien tengo fósforos.

—¿Mojados?

—No lo sé; están en mi gorro.

—Dámele.

Pero en vez de dar, como le decían, su gorro de piel de nutria, tan grande como un turbante turco de Carnaval, Carrory alargó una caja de cerillas que, gracias al sitio en que estuvieron guardadas durante la inmersión, no se habían mojado.

—Ahora, apagad las lámparas —ordenó el *magister*.



Nos encerraron como mejor podíamos.

No quedó más que una encendida y que apenas bastaba para iluminar débilmente nuestra lúgubre prisión.

CAPÍTULO XXVI.

EN EL SOCAVÓN.

Reinaba el silencio en la mina, y no llegaba hasta nosotros ningún ruido; el agua seguía inmóvil bajo nuestros pies sin rizarse en su superficie y sin producir el más ligero murmullo. La mina estaba llena, como había dicho el *magister*, y después de haber invadido el agua todas las galerías, desde el piso hasta el techo, nos había encerrado en nuestra cárcel más sólida y más herméticamente que un muro de piedra. Aquel silencio pesado, impenetrable; aquel silencio de muerte era más espantoso que el horrible estrépito producido por la irrupción de las aguas; estábamos en una tumba, enterrados en vida, y sobre nuestros corazones insistía un peso de treinta ó cuarenta metros de tierra.

El trabajo ocupa y distrae; el reposo permite darse cuenta de la situación, y todos, incluso el *magister*, experimentamos un sentimiento de terror.

De repente senti caer sobre mi mano gruesas y calientes gotas. Era que Carrory lloraba silenciosamente.

En el mismo instante se oyeron algunos suspiros

en la meseta superior, y una voz murmuró repetidas veces:

—¡ Pedro, Pedro!

Era Pagés, que pensaba en su hijo....

Se respiraba con gran dificultad; mi pecho se oprimía y los oídos me zumbaban.

Ya fuera porque el *magister* experimentase menos angustia que nosotros, ya porque tratase de sustraernos á ella, rompió el silencio.

— Veamos —dijo— las provisiones que tenemos.

— ¿ Crees que hemos de permanecer mucho tiempo encarcelados? — interrumpió el tío Gaspar.

— No, pero es necesario adoptar algunas precauciones; ¿quién tiene pan?

— Nadie, contestó.

— Yo —dijo— tengo un pedazo en el bolsillo.

— ¿ En cuál bolsillo?

— En el de mi pantalón.

— Entonces estará convertido en papilla. Sin embargo, véamosle.

Busqué en el bolsillo donde metí por la mañana un hermoso trozo de pan, y saqué una especie de galleta mojada que iba á fírar, cuando el *magister* me detuvo la mano.

— Guarda esa sopa —dijo— por mala que sea, pronto la encontrarás excelente.

El pronóstico no era muy tranquilizador, pero no fijamos nuestra atención en él; más tarde recordé aquellas palabras, y me demostraron que el *magister* se daba exacta cuenta de nuestra situación, y que si no preveía en todos sus detalles los horribles sufrimientos que debíamos soportar, al menos no se hacía ilusiones acerca de las facilidades de nuestro salvamento.

— ¿ No hay quien tenga más pan? —dijo.

No recibió respuesta.

— Es una lástima —continuó.

— ¿ Tienes hambre? — interrumpió Compayron.

— No me refiero á mí propio, sino á Kemí y á Carrory; si hubiera pan sería para ellos.

— ¿ Y por qué no había de repartirse entre todos? —dijo Bergounhox— eso no es justo; ante el hambre todos somos iguales.

— En cuanto á eso, ya veríamos lo que sucedería si hubiera pan. Habeis prometido obedecerme, pero veo que no lo haréis sino después de discutir y de pensar si tengo razón.

— ¡ Hubiera obedecido!

— Es decir, que acaso hubiese habido lucha. ¡ Pues bien! Es preciso que eso no suceda, y voy á explicaros por qué sería el pan para Kemí y Carrory. No he sido yo quien ha hecho esta regla, es la ley que dice, que cuando varias personas mueran en un accidente, se presume que han podido sobrevivir las que tengan sesenta años; así es que Kemí y Carrory, por su juventud, deben oponer menos resistencia á la muerte que Pagés y Compayron.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA.

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

El repugnante reptil apenas se fijaba en ellos; su único afán, al parecer, era ganar las turbias aguas de la laguna. Antes de que volvieran Clotilde y sus compañeros del instante de perplejidad que les había sobrecogido, pasó el *laberintodonte* tan cerca de ellos, que, impulsados por un movimiento instintivo, iban á huir cuando súbita sorpresa paralizó su propósito.

Como á cien metros presentóse á su vista, en medio de la hojarasca del bosque un reptil de proporciones colosales y horrible aspecto. La joven esposa del capitán Ballesta no pudo reprimir un grito de espanto.

Aquella monstruosidad viviente avanzaba en persecución del bacraco con pasmosa velocidad; su paso abría hondo surco, permitiéndose decirlo así, en la intrincada selya; á un lado y á otro su inmensa uña echada por tierra cuantos arbustos interceptaban su camino; medría de dieciséis á diecisiete metros de longitud y como seis de diámetro.

Sus miembros anteriores y posteriores, fuertes y robustos, permitiéndole deslizarse con presteza suma por el accidentado suelo del bosque. Los exploradores veíanle adelantar poseídos de pánico; éste creció de punto, porque halláronse de pronto en frente de él.

El espantable reptil, sin abandonar su primera presa, torció algo el rumbo, como si quisiese aniquilar á aquellos extraños seres que tenía á la vista.

Abiertas las enormes fauces, que estaban armadas de agudos dientes, iba ya á hacer presa en Clotilde, que no osaba moverse, fascinada, enloquecida por la presencia del monstruo; pero en aquel supremo instante Félix Ballesta la apartó bruscamente de aquel sitio.

La joven, llena de espanto, corrió con cuanta rapidez pudo; detúvose algunos instantes después, y se encontró sola; nadie estaba al lado suyo.

Profundo silencio reinaba á su alrededor.... Esta calma y aquella soledad espantáronla doblemente, y empezó á llamar á grandes voces á su esposo y al doctor Poy; mas nadie le contestó; repitió nuevamente sus gritos, y sólo después de algún tiempo percibió la voz del salvó que respondía á sus exclamaciones.

No tardaron en reunirse, pero fué para mayor angustia de la joven, porque el bueno del doctor no pudo darle noticia alguna de su esposo. Al ver cerca de sí al monstruo huyó velozmente; el miedo hizole pensar sólo en su salvación sin fijarse en lo que á sus compañeros pudiera ocurrir.

CAPÍTULO III.

NO PARECE EL CAPITÁN.—REVEE HISTORIA DE LO OCURRIDO.—EL «MEGALOSAURO».—MÁS NOTICIAS DE UNA ENTIDAD PREHISTÓRICA.

I.

Inútiles fueron las pesquisas que con el más escrupuloso afán practicaron en el bosque los subordinados del capitán Ballesta; éste no parecía, su joven esposa lloraba sin consuelo, y el salvó no estaba ménos afligido.

—¡Yo, yo tengo la culpa!—exclamaba el digno hombre.—Mi interés personal se sobrepuso en aquel terrible momento al de mis amigos, y de nada ni de nadie me cuidé.... ¡Ah! ¡nunca he de perdonármela! Por más que procuro recordar los acontecimientos, sólo se presenta á mi memoria, confusamente, la rápida acción de mi noble amigo arrancando á Clotilde casi de las entreabiertas fauces del monstruo.... Y después.... después.... ¡nada más! ¡Yo corría como un insensato.... Á mi espalda escuchábase el rumor que producían los árboles y arbustos que el gigantesco reptil tronchaba á su paso!

Eran las seis de la tarde. Se había examinado detenidamente el sitio en que tuvo lugar el hecho, y ni rastro ni vestigio alguno se encontró del capitán. No cabía la menor duda de que aquel era el paraje en que sorprendió el gigantesco animal á los tres exploradores; atestigüábulo las briznas de hierba encontradas por Clotilde.

Á pesar de la resistencia que la atribulada joven opuso á separarse de aquellos sitios, el doctor y *Borrasca* consiguieron apartarla de allí y volver al campamento.

Proponíanse proveerse de ciertos útiles y tornar en mayor número para practicar en él una segunda exploración más minuciosa que la precedente. Entretanto, se habían quedado en él algunos hombres que disparaban, de vez en cuando, sus carabinas, para hacer notar su presencia al capitán, si por acaso conservaba aún la vida.

¿Fué víctima el honrado marino del amor que profesaba á su esposa? ¿Al salvarla de una muerte cierta, perecería él en aras de su noble abnegación?

Fuerza es convenir que hasta entónces no podían formarse halagüeñas conjeturas acerca de su extraña desaparición.

Ni el remington que llevaba en la mano, ni el sombrero, ni ninguna otra prenda de su uso había sido encontrada; esto daba mucho que pensar al doctor Poey; su imaginación hacia las más extrañas suposiciones.

Cuando él y Clotilde, acompañados de *Borrasca* y algunos marineros, llegaron al campamento, vieron-

se rodeados de gran número de tripulantes que ansiaban tener noticias de su capitán. Había trascendido la noticia á bordo del *Baltasar Ballesta* y del *Algeciras*, y los oficiales, los maquinistas, y no pocos marineros, trasladáronse inmediatamente á tierra.

No fué, ciertamente, de los últimos el insigne *Pimentón* y su inseparable amigo Juan Perez Calafate;



Absorto, cabizbajo, pensativo, ballabase D. Francisco Poey....

también al notar aquel movimiento á bordo sintiéronse poseídos de curiosidad *maese Pedro* y *Urdemalas*; y valiéndose uno y otro de sus mañas, tomaron pasaje en los botes sin que nadie les hubiese invitado á dicho fin.

Pero ambos sabían aprovechar las ocasiones, como suele decirse, y así lo hicieron entonces, con tanto más motivo, cuanto que, con gran sentimiento suyo, habían visto en la mañana de aquel día que sus amos y algunos marineros se dirigían á tierra; pero cuando lo advirtieron, era ya demasiado tarde para ir en su compañía.

II.

Sentado sobre una roca, apoyada la cabeza en la

diestra mano, absorto, cabizbajo, pensativo, ballabase don Francisco Poey, como media hora después de haber regresado al campamento; no lejos de él se encontraba Clotilde, *Borrasca* y el *maestro Pimentón*, quien con la gorra en la mano y afligido semblante, decía en aquel momento á la jóven:

—Si, ama capitana, yo no volveré á hacer en mi vida un solo guiso, yo dejaré de usar de hoy en adelante el pimiento en polvo, yo perderé, por último, mi cabeza de negro si, acompañado de *Urdemalas*, no encuentro al capitán en el bosque, suponiendo de que esté con vida.

—¡Ah, como tal hicieses! — exclamó Clotilde con efusión — mi gratitud no tendría límites.

Tenia lugar esta escena al pié de la escurpaña empuñada en que estaba instalado el campamento.

Traída de á bordo una camilla y el botiquín é instrumentos quirúrgicos del doctor, que éste había pedido, dirigiéronse otra vez al bosque los expedicionarios; pero esta vez iban en mayor número que antes.

Rodeando á Clotilde, procurando consolarla é infundirle alientos, aunque ellos sentíanse no ménos apenados, se veían don Raimundo Martorell, don Diego Salinas, el *compadre Pep*, el *maestro Pimentón* y el famoso *Largajuinetes*.

Pero aunque todos pretendían alentar las esperanzas de la jóven esposa, pocos eran los que confiaban en el éxito de su expedición. Pero como dice el refrán «no hay mal que dure cien años», y esto, ni más ni ménos, sucedió entonces. Caminaban rápidamente aquellos hombres y la desolada Clotilde hacía el lugar del enmarañado bosque en que se habían quedado algunos marineros, cuando vieronles aproximarse á grandes pasos y con visibles muestras de regocijo.

Sostenido por dos de ellos avanzaba lentamente el capitán Ballesta.

Estaba descomulgado; espesa capa de lodo cubría sus ropas, sus manos, y áun parte de su cabeza: hallábase pálido, entumecido, y caminaba con dificultad suma.

Su esposa, sus amigos, sus subordinados, trocaron fácilmente las pasadas angustias en vivas demostraciones de afecto y entusiastas vítores.

Segun refirió despues, el accidente que pudo haberle costado la vida, tuvo lugar del siguiente modo:

Al apartar á su esposa del inminente peligro á que se hallaba expuesta, colocóse, á pesar suyo, en terrible situacion; el enorme reptil llegaba en aquel instante con el irresistible ímpetu de una avalancha; don Félix no tuvo tiempo ni acción más que para resguardar su cuerpo detras del tronco de un helecho arborescente; pero el monstruo cogió con sus formidables mandíbulas el árbol y le desarraigó: el honrado marino sintió en aquel instante un violento golpe en la cabeza y que se hundía como si faltase la tierra debajo de sus piés.

Cuando pudo volver en sí, encontróse sumergido en un pantano lleno de lodo y aguas infectas; por fortuna suya quedóle la cabeza fuera de él. Estaba como sostenido por algunas de las raíces del helecho arrancado por aquel saurio, cuyos ascendientes existían ya en las primeras edades geológicas.

Como he dicho ántes, todo el terreno de aquellos dilatados bosques era pantanoso; gracias á la espesa capa de húmida vegetal que le cubría, presentaba gran resistencia.

Al caer el helecho, cuando fué desarraigado, chocó su tronco de sostén con la cabeza del capitán y dejó abierto en el lugar que ocupaban ántes sus raíces, un espeso y profundo lodazal, en el que instantáneamente desapareció el héroe de esta historia.

Vuelto en sí quiso gritar y pedir auxilio á los suyos, pero no le fué posible articular palabra alguna.

El helecho, con su enorme penacho de verdura, ocultaba el cuerpo de don Félix; por esta razon no dieron con él sus amigos. En vano pretendió el desgraciado hacerse oír; sordidos apagados, casi imperceptibles, brotaban sólo de su labio.

Pero trascurría el tiempo y con él señalábase en su espíritu por instantes la clara nocion de su estado. Era necesario sustraerse á él; por un pequeño hueco que dejaban entre sí las grandes hojas del árbol caído, apercibió el trasparente azul del cielo.

Reaccionóse en él toda su energía: quiso luchar por la existencia, y aunque se hallaba exanimado y reducido á sus solas fuerzas, asíóse, con la desesperacion del que se ahoga, á una gruesa raíz del helecho, que á la altura de sus manos se extendía.... Sus crispadas manos, llenas de lodo, no podían encontrar firme apoyo en la escorridiza raíz; pero tantos y tan repetidos esfuerzos hizo, que consiguió elevarse buscando tambien apoyo con los piés en otras raíces que estaban hundidas en el cieno.

Quedaba aún por encima de él gran parte del fallaje del helecho; con inauditos afanes logró abrirse paso, y encontróse, al fin, sobre terreno firme y seco. Entonces, de su enmudecida garganta ascpañáronse, casi inconscientemente, algunas palabras demandando socorro. Sentía que las fuerzas le abandonaban por instantes.

III.

Tres dias trascurrieron. Don Félix Ballesta había conseguido reponerse en ellos del terrible accidente de que fué víctima. No hay para qué decir si los afectuosos cuidados de Clotilde y del bueno del señor Poey contribuirían ó no á obtener tan pronto resultado.

La contusion que había sufrido en la cabeza perdió fácilmente su maligno carácter, gracias al tratamiento que prescribió el sabio.

Ocasión es esta tambien de decir, puesto que no lo hice ántes, y por ello te pido mil perdones, lector benévolo, que fueron tan de poca monta las heridas experimentadas á bordo de la chalupa de hélice por el doctor y Clotilde, que ni áun merecen compararse de ellas; no así las que sufrieron en aquel terrible lance algunos marineros, las cuales revestian no escasa gravedad.

Segun las explicaciones, que con fómpla copia de detalles se servió dar el doctor Poey acerca de la historia, antecedentes y costumbres del portentoso reptil, que tan mal rato hizo pasar á los tripulantes de los buques españoles, especialmente á su honrado capitán, pertenece aquel monstruo á la fauna de las épocas de transición.

Designásele entre los naturalistas con el nombre de *megosauuro*, que quiere decir *gran lagarto*. En los piés inferiores de la creta, casi inmediatos á la edad jurásica, es fácil hallar en el antiguo y el nuevo mundo, las notables rementas fósiles de estos reptiles, que eran dignos competidores del *ictiosauuro* y del *pleiosauuro*.

IV.

— El famoso Juge Cuvier, llamado el Aristóteles del siglo XVIII — exclamaba el sabio perorando á más y mejor — al hablar del *megalosaurus* manifiesta que al par que tenía la forma de los lagartos, y particularmente la de los *monitores*, con sus dientes cortantes y á modo de sierra, era de un tamaño tan gigantesco que, suponiéndole las proporciones del *monitor*, pasaba de sesenta pies de largo; era un lagarto tan grande como una ballena.

— Y el que ha sido avistado en este país, doctor — dijo interrumpiéndole el segundo del *Baltasar Ballista* — ¿tendrá ese tamaño?

— ¡Angela María! — repuso el señor Poey afirmándose en la nariz los espejuelos. — Yo calculo, sin que sea exageración del miedo que en aquel instante sentí, que el enorme reptil pasaba de 17 metros. Sus dientes y sus mandíbulas tienen un aspecto particular y deben poseer extraordinaria fuerza; dígame si no el robusto hecho que arrancó de enaño, gracias á lo cual libró la vida nuestro dignísimo jefe. El naturalista Buckland, que descubrió el *megalosaurus* en Inglaterra, le describe minuciosamente, y acerca del fuerte aparato de sus fauces dice: «Con dientes de tal estructura, á propósito para cortar en toda la longitud de su borde cóncavo, cada movimiento de sus mandíbulas produce el efecto combinado de una sierra y un cuchillo, al mismo tiempo que sus puntas se elevan cual pudieran hacerlo las de agudos sables.» En resumen, añadiré yo por mi cuenta, el *megalosaurus* es un gigantesco cocodrilo, esencialmente carnívoro; su voracidad debe ser insaciable; nunca ha de estar satisfecha; será en estas regiones el terror de los demás animales, pues para él casi todos ellos son fácil presa. Habita preferentemente en las tierras bajas y pantanosas; por lo cual, dadas las especiales condiciones de esos bosques inmensos, la vida debe encerrar para el susodicho reptil gran suma de placeres y satisfacciones; cazar y angullir, ésta es su constante ocupación.

— Pero diga usted — prorumpió en aquel momento el *marxister* de á bordo, que era oyente asiduo de las conferencias, que en público, si vale decirlo así, daba á menudo al sabio; — diga usted, doctor, ¿no hubo tiempo, vamos al decir, apenas fué enducado ese animalito, de deservirle un balazo que le hubiese hecho caer patas arriba? Ya, en disposición semejante, de ese modo hubiera salido del paso, porque después de muerto, digo, me parece á mí, no hace daño ningún hecho.

— Hacen tendrías, caro colega, — objetó sonriéndose el doctor — si un balazo ó una docena de ellos hicieran oella alguna en tan horrible monstruo; para él significaría esto como si yo os arrojase á la cabeza un grano de trigo.

— ¡Ah! — exclamó estupefacto *Carya-juanes* — entonces... entonces...

Y quedóse pensativo; mas no tardó en redargüir, pasados algunos instantes, de este modo:

— ¡Porra, morena! entonces... Si una bala de carbina no le hace coqueñas, una bala de cañón,

apuesto un duro contra dos cuartos, no dejaría de abrirle un abujero en metá del estómano.

— Indudablemente, querido *marxister*; pero para eso hubiera sido necesario haber dicho al monstruo: «Espérate ahí, que dentro de una hora volverémos con una pieza de artillería para cañonearte á nuestro gusto.»

Esta salida del doctor produjo gran hilaridad entre todos los que le escuchaban. *Carya-juanes* quedóse con un palmo de boca abierta, confuso, acorralado; su lógica *sui generis* sufrió en aquella ocasión inmenso desastre; así es que un tanto cuanto molino volvió grupas y abajóse, paso entre paso, del corra que tomaban sus compañeros para escuchar la instructiva palabra del erudito disertador.

Éste continuó diciendo:

— Por lo demás, amigos míos, torno á repetir ahora, como he manifestado otras veces, que arrostra con verdadero placer cuantas penurias de proporción al acaso en este ignorado rincón del mundo, en gracia de ver y admirar de cerca maravillas que ningún hombre estudioso ha observado antes que yo. Cuando sean conocidas en las Academias y centros científicos de Europa y América, la primera impresión que experimenten sus dignos miembros será de repulsa, de incrédulo desden; pero tantas y tan felicitosas pruebas exhibiré ante sus ojos, que, mal de su grado, veránse compelidos á creer que existe en nuestros tiempos la representación exacta de prehistóricas edades; hundidas ya en otras zonas terrestres bajo la inmensa capa de polvo acumulada por millares de siglos.

CAPÍTULO IV.

Á OTRA PARTE CON LA MÚSICA.—LA GOLETA GIBRALTAR.—EL *EMAXISTER* DIXIÓ.—EN TIERRA OTRA VEZ.

I.

Cuarenta y ocho horas después, el 15 de Enero, si en el orden cronológico no hay error alguno, las naves españolas navegaban á media máquina internándose en el mar del polo. Habíase levantado el campamento, y reembarcándose los expedicionarios que se hallaban en tierra, emprendióse nuevamente la desconocida ruta que ante las arriadas de aquellos audaces marinos se abría.

Dió origen á semejante resolución las detenidas consideraciones que, en consejo de oficiales, fueron expuestas á dicho fin. No era el lugar en que se había desembarcado el más á propósito para establecer una factoría ó echar los cimientos de una población futura.

El terreno, si abundante en riqueza mineralógica, carecía de caza y vegetales, que en más ó ménos grado contribuyesen al sostenimiento de la vida. Era, pues, necesario fundar el primer establecimiento en paraje más adecuado á las necesidades de una colonia.

Además, aquella tierra baja y pantanosa, que cubría de bosque en muchos kilómetros de extensión avanzaba hacia el interior del Continente, era, según expuso el doctor Poey, constante foco de deletéreos

miasmas, cuya vecindad sería perniciosa en todo tiempo al desarrollo agrícola, comercial y especulativo de un centro colonizador, que nunca adquiriría verdadera importancia.

Estos y otros muchos reparos, pertinentes al asunto, movieron al capitán Ballesta á reembarrar su gente y á hacerse á la mar en busca de más hospitalarias tierras. Pero antes de abandonar aquellos lugares, en que estuvo á punto de perecer, quiso, en uso de sus derechos de descubridor, adjudicarlos las denominaciones por las cuales habían de ser designados en lo sucesivo.

El pequeño ribazo desde donde habían contemplado el paisaje que en torno se desenvolvía, el capitán Ballesta, su esposa y su buen amigo el doctor Poej, recibió el nombre de *Alfara de buena vista*; la anchurosa bahía en que estaban fondeados sus buques, llamóse del *Descanso*; la escarpada eminencia en que flotó durante algunos días la bandera española, obtuvo la denominación de *Monte ibérico*, y á la intrincada selva, de tan tristes recuerdos para los expedicionarios, se le adjudicó el nombre de *Portentosa*; que portentosa, verdaderamente, eran los que encerraba.

II.

La pequeña escuadrilla, compuesta del *Baltasar Ballesta*, el *Algeciras* y la chalupa de vapor, iba costeado lo más cerca posible de tierra el extenso litoral, que por la banda de estribor de los buques se adelantaba hasta perderse de vista.

Segun avanzaban los buques modificábase al par notoriamente el carácter de la costa y de las perspectivas que exhibíanse de continuo ante las curiosas miradas de los españoles.

Perdía poco á poco el litoral su aspecto abrupto y escarpado; veíase más á menudo anchas abras y bahías y extensísimas playas de blanca arena, que resplandecía bajo las pálidas luces del sol polar.

La vegetación parecía cada vez más abundante, y por lo que se alcanzaba á ver desde los buques, iba revistiendo un carácter verdaderamente tropical; de tras de espesos bosques y arboledas ergulábase en no interrumpida serie, y como si se escalonasen unas en otras, gran número de colinas, que robaban al cielo sus azulados tonos y matices.

También de día en día notábanse en la temperatura visibles modificaciones; aumentaba el calor paulatinamente; las brisas eran casi nulas ó muy escasas, y el dilatado mar parecía un lago de tranquilas aguas; en su tersa superficie reverberaban en mil y mil puntos brillantes los rayos luminosos del esplendente astro del día.

Félix Ballesta resolvió avanzar cuanto pudiese en aquella primera etapa de su viaje de exploración continental. Aquel territorio, á su juicio, se prolongaba hasta el mismo polo geográfico; y dispuesto estaba el experto marino á costear el Continente en sus inmensos litorales, señalando en minuciosos croquis cuantos cubos, bahías, ensenadas y escollos fuesen dignos de mención.

Pero al mismo tiempo ansiaba encontrar parajes á

propósito para establecer en ellos una factoría que sirviese de núcleo á sus proyectos de colonización.

Navegaban entre tanto los buques españoles bajo los más prósperos auspicios. No habían encontrado aún á las naves inglesas ni apercibido en las costas señal alguna de piraguas ó canoas, como las que usan los salvajes de otra regiones; si bien parecían avistar varias veces ciertos seres humanos, pocos en número, que observaban atentamente desde las playas vecinas el paso de los buques.

Habrían éstos recorrido unas cien millas en dirección del S. S. E. cuando, al remontar un alto promontorio que se internaba en más de una milla mar adentro, sedujo tanto al capitán Ballesta y á sus oficiales la mágica perspectiva que se ofreció á sus ojos, en el más espléndido y magnífico de los paisajes, que ordenó aquél poner la proa á una extensa bahía que al abrigo del promontorio y en forma de herradura mostraba sus transparentes y limpias aguas.

Indecible sorpresa experimentaron cuando, al doblar la punta más saliente al S. del promontorio, díronse de manos á boca, como suele decirse, con una embarcación encallada en medio de peligrosas isletas, sembradas de agudas rocas que se extendían de E. á O., á flor de agua y así en línea recta.

Al embarrancar la nave cayó sin duda sobre su banda de estribor; la arboladura, la jirafa, la obra muerta de ambos costados, la toldilla y gran parte del puente habían desaparecido... ¿Quién como un sarcasmo de la suerte, conservábase pintado aún en un tablen sobre el codaste el nombre del buque naufrago!

Llamábase *Gibraltar*.

III.

¿Cómo pudo embarrancar la nave del capitán Crósbow en aquellas tranquilas aguas? ¿Quién lo había desmontado de aquel modo? ¿Dónde se encontraba el otro buque de la expedición inglesa?

Éstas y otras preguntas del propio jaez dirigiéronse los marinos españoles al contemplar el esqueleto, si me es dable emplear este símil, de la hermosa embarcación que mandaba el honorable Mr. Lewis Fox.

Pero nadie entre ellos podía contestar satisfactoriamente á sus dudas y perplejidades. En opinión del capitán Ballesta, aquel accidente encerraba un misterio que solo la casualidad podía esclarecer.

Lo más extraño del suceso era que el *Gibraltar* parecía haber encallado de una manera inconcebible; no se había sentido en los precedentes días temporal alguno, ni en la ensenada se apercibían corrientes que le hubieran arrastrado sobre los escollos.

Segun lo observado hasta allí, en aquellas latitudes imperaba siempre en los elementos inalterable reposo.... ¿Qué causa, pues, llevó á la nave inglesa hácia las traidoras riberas?

El hecho hasta entonces no tenía verosímil explicación. También era digno de notarse, que no flotaban sobre el mar, en cuanto abría la vista, restos algunas del misterioso naufrago.

—¡Buena, buena!—gritó á la sazón *Carga-jinetes*, que con otros de sus camaradas habíase subido



OTELLO Y DESDEMONA.—(CUADRO DE MUÑOZ DEGRAIN.)

en el bauptes del *Baltasar Ballesta*.—Mientras más os bultos más claridad, como dijo el otro. Además, muchachos, todas las cosas en este mundo tienen sus conocimientos respectivas, porque si no el mundo no sería mundo; andaría al gurete, como el haque arrollado por el viento, la mar y las corrientes.

—¿Y qué quiere decir toda esa relación?— preguntó un marinero joven.

—Quiere decir—repuso el *maister* con acento doctoral—que todas las cosas tienen su quis, porque si quis no tuvieran no serían cosas con quis. ¿Me has entendido, muchacho? Esto es lógico, como dice el doctor Poey. Ahí tenéis Imallo, destrizo el *Gibraltar*; y quien dice el barco, dice el peñón; y quien dice el peñón, dice el barco. Como han perdido este *Gibraltar* los ingleses, también, por el quis de todas las cosas perdería aquél; porque *Gibraltar* es uno y Gibraltar es otro; y cuando tal suceda sansacabó y paze Cristi. Todo esto es lógico.

Así al menos lo pareció á los marineros que le escuchaban, porque prorumpieron en tales vociferaciones contra Gibraltar y los ingleses, que no había más que oír.

Entre tanto, la escuadrilla española avanzó hasta el centro de la bahía, y como á dos millas de fierra echaron el ancla sus buques.

Desde la toldilla del *Baltasar Ballesta*, provisto de un antejo de larga vista, el doctor Poey devoraba con él, paso á la frase, las tierras próximas, que en soberbias perspectivas y lontananzas desplegaban ante él sus vírgenes magnificencias.

Pronto el risueño carácter de la nueva tierra hizo olvidar á los marineros la catástrofe del *Gibraltar* y cuanto con ella se relacionaba. El bello aspecto del país despertaba en ellos indescribible entusiasmo.

Acercándose al contramaestre *Borrasca* al doctor Poey preguntóle en voz baja:

—Diga usted, ¿tendremos por aquí los mismos animales que por allá abajo?

—No, amigo mío, no—se apresuró á contestar el sabio.—Así al menos lo supongo—añadió—; la flora de esta región es enteramente tropical; debe, pues, creerse que la fauna correspondrá á la misma latitud.

—Lo decía—balbuceó el honrado marinero—porque... porque... ¡vaya! me atascó....

—¿Por qué amigo mío?

—Porque usted que tiene influencia con el capitán le quitará de la cabeza, cuando llegue el caso.... ¡Válgame San Telmo! No se cómo decir.... ¡Pues! que no volviera á internarse sino bien acompañado en estos sitios de fieras.

—¿Lo prometo solemnemente!—prorumpió el sabio estrechando con gran cariño la callosa diestra del contramaestre.—Y haga tal ofrecimiento con tanto mayor gusto, cuanto que no podré perdonarme nunca que mi imprudencia le arrastrase á la mala desdichada exploración....

IV.

Cincuenta marineros bien armados, provistos de los útiles y herramientas necesarias para establecer

un campamento, embarcáronse en las chalupas y dirigieronse á tierra.

Esta vez *Masce Pedro* y *Urdemalas* ambuvieron más listos, y cuando el capitán, seguido de su esposa, del doctor y de don Diego Salinas, descendió á su bote, ya ellos previamente habían tomado posesión de él. *Urdemalas* yacía acurrucado en el pañol de proa de la barquilla, y *Masce Pedro*, haciéndose el disimulado, aseguraba un remo en el toldo, y preparábase á remar como uno de tantos marineros.

Tomé el capitán Ballesta los cordones del timón, dejaron los bogadores caer al agua sus respectivos remos, y el bote partió rápidamente en dirección de la arenosa playa; detrás de ella el terreno presentábase poco accidentado. Era un inmenso valle sembrado de cocoteros y de altas hierbas.

—¿Qué os parece, doctor, el país?—preguntóle Clotilde tan luego desembarcaron.

—¡Ah!—exclamó el sabio mientras limpiaba apresuradamente los cristales de sus espejuelos.—¡magnífico señora! ¡sorprendente, piramididad! Supera todos mis cálculos; pareceme estar en mí nunca suficientemente ponderada isla de Cuba. Este es el tipo peculiar, característico de las tierras tropicales; tengo, hasta cierto punto, la certidumbre de que acercándonos más al polo geográfico nos hemos de encontrar en un clima comparable solo al de la zona tórrida en el Ecuador.

—¿Será en ella más poderosa la vegetación que aquí?

—Ciertamente, señora, ciertamente—repuso el doctor poniéndose sus antiparras.

Y como la joven esposa del capitán le daba cuerda, tomó el digno hombre la taravilla en los siguientes términos:

—Verd, doña Clotilde, ved, allá á la lejos, casi perdido en las brumas del horizonte, todo un bosque de palmeras; ved recortándose sobre el azul del cielo, como una inmensa cúpula aérea, los verdes penachos que coronan sus erguidos troncos. ¿Hay nada más poético y soñador que un bosque de palmas, como los llaman en mi país? Condeñese en él nada ménos que veinte y siete variedades con distintas denominaciones. Desde la palmera real, *oreocaria regia*, hasta la *palma-yagruma* que sirve de alimento á los animales, hay toda una serie de individualidades pertenecientes á la misma familia. Por lo que alcanza á ver desde aquí, el bosque que admiramos está compuesto en su mayoría de palmeras reales, que son como si dijéramos las reinas de la especie. Merecen, pues, que os haga su abreviada descripción. Son árboles silvestres, numerosos y de bellísima figura. Su tronco os á manera de Astil liso, casi recto, cilíndrico, y alcanza por lo común una altura de diez y seis á veinte metros, no excediendo nunca de medio su diámetro.

(Se continuará.)

OTELO Y DESDÉMONA.

Publicamos en el presente número una reproducción del magnífico cuadro del Sr. Degrain, inspirado en la célebre tragedia de Shakespeare, no dudando será del agrado de nuestros lectores.

LOS GITANOS.

Diferencias características existen entre los pueblos cuya vida y cultura ha llegado á un punto que los permite asentarse de un modo estable en una localidad determinada y aquellos que, errantes y nómadas, carecen todavía del grado de civilización necesario para estimar debidamente la vida individual y doméstica, cuyo pleno desarrollo sólo es posible en torno del hogar y bajo el techo de la casa.

El primer paso definitivo que dan estos pueblos en el camino de su constitución es, con efecto, el cultivo del suelo, que no sólo los encadena á él con vínculos y atractivos tan irresistibles como son los del labrador y el propietario, sino que introduce formas y modos permanentes también en las relaciones sociales, imprimiendo este carácter de regularidad en todas las esferas de su vida. La propiedad territorial (como lo han presentado oscuramente comunistas y socialistas) es uno de los primeros elementos moralizadores de la sociedad humana.

Por el contrario, la vida nómada hace imposible una organización social fundada sobre bases firmes y duraderas, la pacífica y ordenada administración del derecho y la justicia, los lazos de amistad y fraternidad humanas, disueltos por el odio y las pasiones de familia con familia, y sólo por la violencia de otros pueblos más cultos, en cuyo seno se encuentran enclavados. Llega á tomar el odio al extranjero un sentido y valor que reemplaza en parte al verdadero amor de la nacionalidad y de la patria, sin poder jamas confundirse con él.

Uno de estos atrasados y nómadas pueblos es el de los gitanos. Raza errante y proscrita, solitaria, que no se mezcla con las demás, y que, extendida por todos los pueblos, muestra, en medio de las diferentes familias que la constituyen, el sello peculiar y característico de su fisonomía propia é indeleble. Los gitanos, así llamados en España (*zingari*, *tsigones bohémios*, etc., en otros países), ofrecen en sus tipos y en sus costumbres ejemplo vivísimo y pintoresco de las tribus nómadas del Oriente.

La gracia más picaresca, unida á un cierto candor simulado, cuyo fondo es la más sarcástica y salvaje ironía, no ménos que la holganza y la aversión á todo trabajo que les obliga á establecerse permanentemente en un lugar exclusivo, y el odio hácia los pueblos entre quienes viven, y que desean expoliar y burlar en su provecho, empujan á los gitanos al ejercicio de aquellas profesiones que no piden sino sagacidad y astucia y más favorecen la truhanería y el

fraude, sin los cuales el gitano se moriría de tédio, como el tráfico de ganado, y especialmente el de caballos, burros y mulos, nobles razas sobre que ejerce el arte de sus máculas y la tiranía de su látigo.

Hoy ofrecemos á nuestros suscritores un grupo que muestra pintoresca y gráficamente los tipos de ese pueblo enigmático en todos sus sexos y edades. Abre la marcha el jefe de la familia y le siguen su mujer, sus hijos, una vieja que parece su suegra (pues también los gitanos están sujetos á esta enfermedad) y el fiel jumento, compañero infatigable de sus peregrinaciones.

¿Á donde van? No es fácil adivinarlo; pero el autor de este bello dibujo los comprendido perfectamente el carácter de los gitanos pintando á su grupo en *marcha*, que es como más revela su vida errante y vagabunda.

R. N.

LAS DOS HERMANAS.

Corrían los años del último tercio del siglo xiv, cuando la gran Reina Isabel la Católica se propuso arrojar por completo de nuestro suelo á los árabes que, merced á la traición del inolvidable Conde Don Julian, se habían apoderado de España.

Hubo necesidad de remitir fuerzas y dinero, y de uno y otro reino fué preciso allegar recursos para la magnífica empresa proyectada por Isabel I de Castilla y su gloriosa consorte Fernando V de Aragón.

Convocóse al efecto á todos los señores de villas y lugares, y por esta causa el nobilísimo Sr. *Hernán Fargas del Pulgar*, comprendiendo que debía acudir al llamamiento, elevó su pendón.

Residia este valiente caballero en una casa situada casi en las afueras de Madrid, entónces villa, aunque no Real, en compañía de sus dos hijas, y al recibir la mandatoria ejecución del proyecto de los Reyes Católicos, las llamó, como igualmente al viejo escudero que le había servido en las batallas, y les dijo así, calzada ya la espuela y cubierto el cuerpo con la pesada malla:

— Os dejo para siempre, tal vez, porque la guerra me llama; pero este fiel escudero queda encargado de velar por vuestra honra.

Dicho esto, partió el jinete bien asegurado los estribos por su fiel servidor, no sin dejar antes depositado en la frente del anciano ese beso que jamas se olvida, esa manifestación sublime de las almas de hierro, que antes de despedirse no pueden jamas olvidarse de que el hierro las ha rozado.

Pasaron años y el valiente *Hernán Fargas* no volvió, y sus hermosas hijas iban creciendo en belleza, constantemente vigiladas por el elegido escudero.

Mas ¡ay! que un día se acordó la muerte de aquel fiel servidor, y la tierra, reclamando lo que era suyo, cubrió con su manto los restos del infortunado guardián de la honra de su señor.



UNA FAMILIA DE GITANOS ESPAÑOLES.

En este trance las abandonadas hermanas hubieron de tomar precauciones contra los mil y mil galanes que las acosaban constantemente, y con especialidad de noche.

¿Y sabéis, amables lectores, lo que hicieron? Pues nada más que una especie de carnaval del honor como diría cualquier romántico poeta.

La más fuerte de las dos disfrazóse de hombre con el objeto de acompañar á su hermana, y por este medio se evitó de pronto que las asechanzas de los acosadores de su hermosura pudiesen manchar en lo más mínimo la honra propia de ambas y el nombre ilustre de su padre.

Peró como toda precaucion es inútil contra el ladrón astuto que acecha la presa codiciada, uno de los villanos caballeros que esperaban el momento de apoderarse de la tan deseada ocasion, viéndose un dia despreciado y aun herido por la mujer disfrazada, propúsose vengarse y aguardó.

No le fué difícil tener noticias de que *Hernan Vargas* se habia cubierto de laureles en la gloriosa toma de Granada, y esperó su vuelta.

Ansioso el padre de abrazar á aquellos pedazos de su alma que habia dejado al marchar, llega, pregunta y una voz le contesta:

—Vuestro escudero ha muerto; tambien una de vuestras hijas y la otra está envilecida.

—¡Ay de ti! que si lo primero es verdad, me aflige la noticia, mas si lo segundo es falso, se volverán contra tu pecho cuantos lanzazos he asestado á la miserable ralea de los moros.

Dicho esto, más tarde se apostaron ambos junto á unas paredes próximas á la casa de *Hernán Vargas*, y muy pronto vieron á una dama en compañía de un esbelto mancebo envuelto en su ancha capa, penetrar en el edificio cerrando tras de sí el anchuroso cancel.

Visto esto, *Hernán Vargas* dejó hospedado á su acompañante en un meson vecino, y merced á una llave que, á la usanza de aquellos tiempos, guardaba en la escarcela desde su partida, entróse en la casa cautelosamente, y encontrando, en efecto, conversando á su hija con un galán, ciego de ira hirió mortalmente á sus dos hijas.

Las dos pobres mujeres besáronse al morir pidiendo á Dios por su padre que, reconociendo su error y la traicion de que era victima, corrió á la posada donde habia dejado al infame impostor y dióle tambien muerte.

Después de lo cual ha venido á suceder, andando los tiempos que hay en Madrid dos calles que tienen su origen en el episodio que acabamos de relatar:

Calle del *Meson de Paredes* y calle de *Las dos Hermanas*

LUIS VEGA REY.

AUTÓGRAFOS CÉLEBRES.

Los autógrafos que figuran en el presente número pertenecen, el uno, á Doña Ana de Austria, hija de Felipe III de España, mujer de Luis XIII de Fran-

Ana de Austria.

Carlos V.

cia y madre de Luis XIV, la cual murió á la edad de sesenta y cinco años: este autógrafo está sacado de un documento de 26 de Enero de 1650.

El otro autógrafo es el del emperador Carlos V, y reproduccion del que aparece en un documento del año 1533.

LA AEROSTACION.

Es opinión bastante generalizada entre los sabios de que los antiguos tuvieron conocimiento de la *Aerostacion*; y esta es, de ciertos aparatos que tenían alguna semejanza con nuestros globos, en cuanto á la manera de elevarlos en la atmósfera; pero es indudable que si en alguna época anterior al último tercio del siglo XVIII se han descubierto los medios de elevar en el aire dichos aparatos, este invento hubo de morir con su autor, perdiéndose el secreto para las futuras generaciones durante muchos siglos.

Tampoco cabe duda, que, desde muy remotas edades, han intentado los hombres remontarse en la atmósfera é imitar el vuelo de las aves, valiéndose de alas artificiales y de otros aparatos.

Entre las diversas máquinas que han imaginado los hombres para sostenerse en el aire y volar ó navegar por él, la primera de que se hace mención son las alas artificiales que inventó, á fines del siglo XV, Juan Bautista Dante, natural de Perugia en Toscana, cuyos ensayos tuvieron buen éxito en un principio, hasta que en uno de ellos estuvo á punto de perder la vida y quedó lisiado de la cauda que dió. Posteriormente se han descubierto varias máquinas ingeniosas con el objeto indicado; por medio de ellas algunos aeronautas han hecho en distintas ocasiones repetidas tentativas, más ó menos felices, pero todavía no se ha logrado dar á dichas invenciones el grado de perfección que necesitan. Sin embargo, un relojero de Viena, llamado M. Degen, inventó hace más de medio siglo un aparato, con el cual logró elevarse á una altura de 18 varas, y volar en todas direcciones; dijo entonces que los ensayos dejaron completamente satisfechos á los muchos espectadores que los presenciaron, pero á pesar de lo dicho este invento no ha prosperado.

Lo que sí es hecho afirmar, contrayéndose á los globos aerostáticos, es que jamás antes de nuestros tiempos se haya intentado elevarse en la atmósfera por medio de ellos y de las precauciones que hoy se emplean para lanzarlos al espacio.

La invención, pues, de los globos aerostáticos pertenece indudablemente á nuestra época, y la gloria de este descubrimiento á José Montgolfier, fabricante de papel, y natural de la ciudad de Annonay, en Francia.

Para venir en conocimiento del motivo que le impulsó á discurrir tan peregrina invención, bastará trasladar aquí una pequeña parte de la *Noticia de Mr. José Montgolfier*, escrita por el Barón de Gerard.

«Haré la narración—dice—tal como la sé por el mismo Montgolfier. Hallábase en Avignon, cuando los oficiales combates proyectaban el sitio de Gibraltar. Solo, en el rincón de su chimenea, meditando según costumbre, consideraba atentamente una especie de estampas, que representaba los trabajos del sitio. Se impacientaba viendo que era imposible llegar á las obras de la plaza ni por tierra ni por agua. —«Pero á lo menos—pensaba—no se podría llegar á ella á traves de los aires? El humo se eleva en muy chimeneas, ¿por qué no podría abanicenarse este humo y formar con él una fuerza disponible?—Su espíritu calculó al punto el peso de una superficie dada de papel ó de tafetan, la dilatación del aire, la expansión del estérreo y la presión correspondiente á la columna de aire libre. Suplicó á la señora en cuya casa se hospedaba le proporcionara algunas varas de tafetan viejo, construyó sin dilación un pequeño globo y llenándole de humo le ve elevarse del suelo con singular alegría. Escribe al punto á su hermano Esteban,

que se hallaba entonces en Annonay, diciéndole:—«Prepara al instante buena porción de tafetan y cañadras, y véete una de las cosas más admirables del mundo.»

«En efecto, reunidos los dos hermanos confabularon entre sí, discubrieron el mejor modo de llenar una especie de nube artificial capaz de sostenerse en la atmósfera, é hicieron varios ensayos y tentativas hasta asegurarse de la exactitud de sus combinaciones.

«Entonces formaron un gran globo de lienzo ó tafetan, cubierto de papel, llenándole de humo de paja y de lana, lanzaronle al aire y tuvieron la satisfacción de ver que en pocos minutos se elevó á 1.000 toesas, con general asombro de toda la población de Annonay que presenciaba aquel feliz experimento, verificado el 5 de Junio de 1783.»

Propagóse con rapidez esta noticia; voló á París en alas de la fama, y desde luego M. Charles, profesor de física, se dedicó á hacer algunos ensayos, teniendo la feliz idea de emplear por sustancia aeriforme el gas hidrógeno, y de envolverlo dentro de una tela muy ligera é impermeable, cual es el tafetan barnizado con una preparación de goma elástica. Así construyó un globo de doce pies de diámetro, que se elevó en el campo de Marte el 27 de Agosto de 1783.

Esteban Montgolfier, que de acuerdo con su hermano José había ido á París para exponer su común descubrimiento, repitió la experiencia en Versalles, el 20 de Setiembre, delante de toda la corte, elevando un globo de la misma especie que el primero y movido por los mismos procedimientos, el cual, además de un gran peso, llevó tras sí algunos animales, que fueron á descender ilos al bosque de Vincennes.

Este feliz suceso animó á Pilatre de Rozier y al Marqués d'Arlandes á surcar la atmósfera, siendo los primeros que lo verificaron, suspendidos de un globo de figura oval, de 70 pies de altura, que se elevó el 21 de Noviembre del referido año, próximo á París, y descendió lentamente á la otra parte de aquella capital.

Los físicos Charles y Rober, impacientes por participar de la misma gloria, se embarcaron en la navicella pendiente de un globo lleno de gas hidrógeno, que se elevó majestuosamente en el jardín de las Tullerías el 1.º de Diciembre del mismo año, y anduvo nueve leguas en dos horas, al estubo de las cuales tomó tierra. Pero M. Charles volvió á subir solo para gozar del singular espectáculo de ver ponerse el sol dos veces en un día, pues habiéndose ocultado este astro cuando aquel ascendió la segunda vez, volvió á aparecer solo por él.

Así continuaron desde fines del siglo pasado los experimentos de esta clase, ejecutados por diferentes individuos, entre los cuales se distinguieron los hermanos Montgolfier, quienes, estimulados por los honores y merecedos que debieron á Luis XVI y á la Academia de Ciencias de París, se dedicaron con ardor á perfeccionar su invento, para hacerlo más útil é importante. En 1784 se acuñó una medalla en honor suyo.

Traspasaría los límites de este artículo, ya demasiado largo, si hubiera de hacer mención de las muchas ascensiones que por medio de los globos se han verificado dentro y fuera de Europa, ya con éxito feliz, ya desgraciado; así, pues, sólo indicare algunas de las más notables.

Por ejemplo, la de los célebres físicos Biot y Gay-Lussac en 1805, que se elevaron á la altura de 21,500 pies é hicieron experiencias científicas tan útiles como curiosas; la que efectuó en Padua, en 1808, el astrónomo milanés Brinóchi; subiendo á 25,443 pies; los repetidos y arriesgados viajes aerostáticos hechos por

el famoso Lunardi, natural de Lucca, que fué uno de los aeronautas más distinguidos por sus conocimientos é intrepidez, y los realizados recientemente por el no ménos célebre Camilo Flammarion, de los que tanto provecho ha reportado la ciencia meteorológica. También, con carácter utilitario y observador,

verificó Rozo, desde 1830 á 1831, repetidas veces ascensiones en diversos puntos de Andalucía.

Hace, pues, un siglo que el hombre ha tomado posesion de la atmósfera, sacada ántes sólo por las aves, valiéndose de la feliz invencion de los globos, perfeccionados hoy por algunos hombres hábiles; más



Ascension aerostática de Carlos y Roberto en las Tullerías, el 1.º de Diciembre de 1783.

á pesar de sus esfuerzos no se han obtenido todavía los resultados que se desean, por no encontrar medio alguno de dar á aquéllos dirección segura. Mucho se trabaja para conseguirlo, y quizás no esté lejos el día en que se resuelva tan importante problema.

Hecha brevemente la historia de la *Aerostacion*, prometo ocuparme en otro artículo de cuanto á su parte científica y diversas aplicaciones se refiere, pues

si hasta aqui no han correspondido los resultados á lo que prometiéronse en un principio sus inventores, es necesario tener en cuenta que no se ha dicho aún la última palabra sobre este asunto, y que el genio del hombre ha dado cima á más difíciles empresas.

J. MORENO FUENTES.



Los hermanos Montgolfier.



Globo Montgolfier de l'abbé de Rozier.

JEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

ANÉCDOTAS.

Un alquimista que se alababa de haber descubierto el gran secreto de hacer el oro, pedía por él una recompensa al pontifice Leon X. Éste le hizo el presente de una larga bolsa, diciéndole:

—Una vez que ya sabéis hacer el oro, no desearéis más que una bolsa para guardarlo.

— Dos cardenales criticaban á Rafael y le reprendían haber hecho en su cuadro demasiado colorados los rostros de San Pedro y San Pablo.

— Eminencias — les contestó el pintor — yo les he pintado tales como están ahora en el Paraiso; están demasiado colorados, es verdad, pero es por la vergüenza que sienten de ver la Iglesia de Jesucristo tan mal gobernada.

Solución á la charada del número anterior.

ANA.

SUMARIO.

GRABADOS.—Otelo y Desdémona, cuadro de Muñoz Degrain.—Una familia de gitanos españoles.—Autógrafos célebres.—Ascensión aerostática.—Los hermanos Montgolfier.—Globo Montgolfier.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jeroglífico.

TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Tigre blanco, Luis Bonssenard.—Sin familia, Hector Malot.—Inglés y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Otelo y Desdémona.—Los gitanos.—Las dos hermanas, por Vega Rey.—La aerostación, por Moreno Fuentes.—Anécdotas.—Solución á la charada.

MADRID, 1884.—Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneyra.
IMPRESORES DE LA REAL CASA.